11081

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ÚLTIMA NOCHE,

DRAMA EN VERSO

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

POR

DON JOSÉ DE ECHEGARAY.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1875.

Al Sr. D. Cayetano Rosell
en prueba de alta consideración y
verdadera amistad

Sch. Gac

LA ÚLTIMA NOCHE.

257732

Este drama se representó en el Teatro Español la noche del 2 de Marzo de 1875, á beneficio de

DON ANTONIO VICO.

LA ÚLTIMA NOCHE,

DRAMA EN VERSO EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO

POR

DON JOSÉ DE ECHEGARAY.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON CÁRLOS, banquero.....	Sr. Vico.
DOÑA TERESA, su esposa.....	Sra. Diez.
ALFREDO, su hijo.....	Sr. Calvo.
DON JUAN, cajero.....	Sr. Cepillo.
ELENA, su hija.....	Srta. Mendoza Tenorio.
DON RAMON, agente de confianza de don Cárlos.....	Sr. Romea (D. F.).
ALVARADO, banquero.....	Sr. Alisedo.
ANSELMO, empleado en la casa de don Cárlos.....	Sr. Parreño.
BANQUERO 1.º.....	Sr. Romea (D. J.).
BANQUERO 2.º.....	Sr. Pastrna.
BANQUERO 3.º.....	Sr. Martinez.
Criados, etc.	

Época moderna.

La escena de los tres primeros actos en Madrid, la del epílogo en una quinta á la orilla del mar.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon lujosamente amueblado. En el fondo una gran puerta, por la que se ven las antesalas: á uno y otro lado consolas con espejos, etc. Á la izquierda del público y en primer término un balcon: en segundo término una puerta que conduce á las habitaciones interiores. Á la derecha, y en primer término, una puerta que conduce al despacho de D. Cárlos: en segundo término, otra que comunica con las oficinas. Próximas al balcon, pero dejando libre paso hasta él, una mesa y una butaca: á la derecha, y en primer término, un sofá y una silla.

ESCENA PRIMERA.

ELENA.

Al levantar el telon aparece sentada junto á la mesa y mirando un álbum.

¡Qué tarde ya! tambien hoy
(Dejando el álbum y levantándose.)
sin carta. Válgame el cielo;
pasa un dia y otro dia
sin noticias de mi Alfredo.
Y Teresa, ¡pobre madre!
mil angustias en secreto
por él sufre y por mí calla,
mientras devoro en silencio

mis lágrimas, por calmar
sus maternales tormentos;
pero ¡ay! del rostro mentiras
no son del alma consuelos.
Dos años há que partió,
¡dos años, qué largo tiempo!
¡y cuántas dichas perdidas,
y cuántos dulces recuerdos,
y mis angustias qué cerca,
y mis amores qué lejos!

ESCENA II.

ELENA, D. JUAN; este último sale por la puerta de las oficinas.

JUAN. Es inútil, ya cien veces
he principiado y no puedo.
ELENA. ¿Qué tienes, padre?
JUAN. Don Cárlos
me rogó con gran empeño
que terminara unas cuentas,
y en vano, Elena, me esfuerzo,
que la vista se me turba,
y la pluma de los dedos
se desprende, y rojas manchas
sobre el blanco papel veo.
ELENA. ¡Y siempre la misma idea!
JUAN. Siempre, Elena, el mismo duelo.
ELENA. Así tu vida se apaga
y yo perderte no quiero.
(Abrazándole cariñosamente.)
JUAN. Tienes razon, hija mia;
aunque ya achacoso y viejo,
¿quién puede suplir de un padre
los amorosos desvelos?
No temas, tendré valor,
ahogaré dentro del pecho
mis dolores, y el trabajo
distraerá mis pensamientos.
De don Cárlos como el pan...
ELENA. ¡Es con nosotros tan bueno!

RBC NeU

JUAN. Holgando así no se gana
honradamente el sustento.
ELENA. ¡Y todos nos quieren tanto!
JUAN. Mucho, Elena, les debemos.
¡Fuera imágenes sangrientas,
fuera importunos recuerdos!
(Dirigiéndose á la puerta de las oficinas.)
ELENA. ¿Vas otra vez á la caja?
JUAN. Á mi despacho me vuelvo.
Las cuentas se han de acabar
para hoy trece de Febrero.
(Se detiene y queda pensativo. Ligera pausa.)
¡Hoy es el aniversario:
hace un año y siempre creo
que fué ayer!
ELENA. ¡Padre del alma!
JUAN. ¡No puedo, Elena, no puedo! (Pausa.)
ELENA. ¡Pobre hermano!
JUAN. Compasion
tener de mí no quisieron.
¡Le mataron!... ¡hijo mio!
¡hijo del alma!... ¡mi Ernesto!
Su imágen idolatrada
ante mí siempre contemplo:
¡ya capitan y tan jóven,
la cruz laureada en el pecho,
en el alma la bravura,
la roja llama del génio
en su frente, y en sus ojos
de la vida el sacro fuego!
Todo en un punto cesó,
todo es ceniza y silencio.
«¡Muerte!» dice la ordenanza,
«¡muerte!» pronunció el consejo,
y por su ambicion, su vida
dió el capitan insurrecto.
¡Su vida, que era, Dios mio,
en esta vida mi cielo!
ELENA. Padre, padre, que te matan
esos tristes pensamientos.
JUAN. Y la sentencia ignoré
postrado, Elena, en el lecho,

hasta que sonó en mi oido:
«¡pobre Juan, murió tu Ernesto!»
¿Quién como yo por salvarle,
con desesperado esfuerzo,
hubiera, Elena, luchado
en el instante supremo?

ELENA. ¡Basta por Dios!

JUAN. Mira, niña,
yo tambien en otro tiempo
fuí soldado: yo tambien
como reliquias conservo
mi uniforme destrozado,
noble cruz y limpio acero:
y con aquellos girones,
y la cruz sobre mi pecho,
y en mi cabeza esta nieve,
y en mis ojos llanto acerbo,
hubiera rogado á todos
por mi idolatrado Ernesto:
¿y quién se niega á escuchar
compasivo á un pobre viejo,
veterano de Luchana
y soldado de Espartero?

ELENA. Grande es, padre, tu dolor,
y ya que torpe no acierto
á calmarlo...

JUAN. ¿Si quisieras...

ELENA. ¿Dudas?

JUAN. Dudo.

ELENA. ¡Padre!

JUAN. Y tiemblo.
Pero no: tú, Elena mia,
no negarás un consuelo
á este anciano.

ELENA. No adivino.

JUAN. Del hijo mio un recuerdo
queda en el mundo...

ELENA. ¡Su carta!

JUAN. En el instante postrero
quiso escribir á su padre,
fué mio su pensamiento.
Y sin embargo, me niegan...

ELENA. Mi madrina...
JUAN. Te comprendo:
soy ya débil, achacoso...
ELENA. ¡Y has estado tan enfermo!...
JUAN. Mas con tanta precaucion
me matan á fuego lento.
ELENA. Si la emocion, la alegría...
JUAN. ¡Qué importa! ¿Con qué derecho
se impide que llegue á un padre
del hijo el último acento?
¡Ver su letra!... ¡de sus lágrimas
seguir el triste reguero,
sobre el papel deslustrado
por su llanto y por sus besos!
¡mis secos labios posar
dó posó sus labios trémulos!
¿No comprendes esta dicha?
ELENA. Sí, padre, sí la comprendo.
JUAN. Pues bien, ayúdame, Elena.
ELENA. Si algo consiguen mis ruegos...
JUAN. ¿Luego accedes?
ELENA. ¿Cómo no!
JUAN. ¿Y prometes?...
ELENA. Lo prometo.
JUAN. Allí viene... (Mirando á la puerta de la izquierda.)
ELENA. ¡Su semblante
cuán triste, pero cuán bello!
JUAN. Al pedir la carta invocas...
ELENA. Sí, padre; el nombre de Alfredo:
¿quién á ese nombre resiste?...
JUAN. Nadie, Elena, bien lo veo, (Mirándola fijamente.)
mas ayudarte sabré.
ELENA. ¿Tú, padre?
JUAN. Sí: yo me entiendo...
y tú tambien. Pide, niña,
esa carta de mi Ernesto,
y ántes de partir procura
á tu padre este consuelo.
ELENA. ¿Yo partir!
JUAN. Es necesario,
que pronto regresa Alfredo. (Váse Juan.)

ESCENA III.

ELENA, DOÑA TERESA, por la puerta de la izquierda.

TER. Él se aleja, y tú llorosa
quedas, Elena, y turbada:
¿qué tienes?
ELENA. ¿Yo, madre?—Nada.
¡Soy aquí tan venturosa!
Contigo siempre vivir
mi sueño dorado fué,
pero dijo no sé que
de alejarme y de partir;
y aunque ignoro qué razon
tuvo para estos enojos,
se me arrasaron los ojos
y se oprimió el corazon.
¡Pero tú no sufrirás
que me arranquen de tu lado!
TER. ¡Ay Elena, de buen grado
tú misma me dejarás!
ELENA. ¿Qué dices? ¿Dejarte?
TER. Sí.
ELENA. ¡Imaginarlo has podido?
¿Acaso, dime, no has sido
una madre para mí?
TER. Sin embargo...
ELENA. Te aseguro
que por nadie te dejára.
TER. Se te conoce en la cara
que me engañas.
ELENA. Te lo juro.
TER. ¿Y osas, Elena, jurar
sin escrúpulo ni miedo!...
ELENA. ¡Por nadie!
TER. ¿Ni por mi Alfredo
cuando te lleve al altar?...
(Elena abraza cariñosamente á Doña Teresa y oculta el rostro avergonzada.)
¿No me contestas?
ELENA. ¡Madrina!...

TER. (Ap.) (¡Qué buena y cuán inocente!)
(Alto.) Levanta la pura frente
que ruborosa se inclina:
cese tu amoroso anhelo;
vuelva á tu pecho la calma,
y con las dichas del alma
brillen tus ojos de cielo.

ELENA. ¡Pobre de mí! ¿Qué hice yo
para merecer de tí
tanto bien, madrina, dí?

TER. ¿Y no lo adivinas?

ELENA. No:
y pienso con inquietud
que es muy grande mi humildad.

TER. Tan sólo hay desigualdad
entre el vicio y la virtud;
entre un corazon marchito
y un corazon amoroso;
entre un amor vergonzoso
y un amor puro, infinito.

ELENA. ¿Y qué puedo yo, infeliz,
darte por tanta ventura?

TER. Me pagarás con usura
si haces á Alfredo feliz.

ELENA. ¿Mas para tí...

TER. Nada. Cruel
el desengaño me hirió;
pero nunca destiló
mi labio la amarga hiel
del corazon: mi tristeza
sólo en Dios halla consuelo,
y á la voluntad del cielo
doblo humilde mi cabeza.

ELENA. ¿Cuál la causa?

TER. Basta.

ELENA. ¡Madre!...

TER. Hablemos de tí, hija mia.
¿Temes algo todavía?

ELENA. ¡Temo!

TER. ¿Á quién?

ELENA. ¡Ay!... á su padre!

TER. Es verdad; pero no importa;

yo lucharé con mi esposo.

ELENA. Conmigo es muy cariñoso,
no lo niego.

TER. (Ap.) (Mal reporta
el infame su pasion!
No cambia: siempre lo mismo.
¿Quién medir puede el abismo,
Cárlos, de tu corazon!)

ELENA. Á mi padre en gran estima
tuvo siempre, ¿no es verdad?
¡y conmigo qué bondad!
¡si vieras cómo me mima!

TER. Pues con tal benevolencia,
dudar es...

ELENA. Un desatino.
Y sin embargo...

TER. (¡Oh, divino
instinto de la inocencía!)
Desecha vanos temores.

ELENA. En tí, madrina, confío.
¡Cuán feliz!... ¡Pero, ay Dios mio,
hablando de mis amores
olvidaba... ¡qué egoista!
la súplica lastimera
del pobre anciano. Severa
no claves en mí la vista.
¡Llora tanto! Tú querrás
dar este consuelo, madre,
¿no es cierto? á mi pobre padre.

TER. ¿Y bien?

ELENA. La carta.

TER. ¡Jamás!

(Aparece D. Juan en la puerta de las oficinas y en ella se detiene.)

Ese papel es funesto.

ELENA. ¡Madrina, por Dios!

TER. Advierte
que hay en él infamia y muerte.

ESCENA IV.

DOÑA TERESA, ELENA, D. JUAN.

JUAN. ¡Es la carta de mi Ernesto!
TER. Imposible...
JUAN. ¡Compasion!
usted es madre, señora;
usted á su Alfredo adora.
TER. (Ap.) (¡Se me parte el corazon!)
JUAN. ¡Con el alma la codicio!
ELENA. ¡Es su eterna pesadilla!
JUAN. ¡Y está escrita en la capilla
horas ántes del suplicio!
TER. No existe la carta... (Vacilando.)
JUAN. Sí;
yo recuerdo aquel momento.
TER. Vacila tu pensamiento...
JUAN. No vacila; yo la ví.
El oficial me la daba;
yo cogerla no podía:
usted se me interponía
y la carta me arrancaba.
Más fuerzas presta el deseo
y la alcancé sin embargo.
TER. Deliras.
JUAN. Rota á lo largo
me parece que la veo.
¡La carta!
ELENA. Sí, madre mia.
TER. ¡Imposible, desdichada!
JUAN. ¡La carta!
ELENA. ¡Sí, madre amada!
TER. No... (Ap.) (¡Jamás: le mataría!)
(Sale Doña Teresa por la izquierda.)

ESCENA V.

ELENA, D. JUAN, D. CÁRLOS, D. RAMON y ANSELMO.

Los tres últimos aparecen por la derecha primer término. Don Cárlosy D. Ramon marchando delante, Anselmo siguiéndoles.

CARLOS. (Da algunos pasos: despues se detiene y se vuelve hácia Anselmo.)
Imposible: yo lo siento...
es un penoso deber...
pero en fin, cómo ha de ser...
ANS. En esta casa ya cuento
veinte y tres años cabales
de servicio siempre honrado.
CARLOS. (Ap.) (El buen viejo está pesado.)
Son unos tiempos fatales.
RAMON. Cárlos...
CARLOS. Basta ya, Ramon.
(Á Anselmo.) Conque lo dicho: paciencia.
ANS. ¡Es que quedo en la indigencia!
CARLOS. Pues hijo, resignacion.
ANS. ¡No la tengo! (En tono de amenaza.)
CARLOS. (En tono altivo.) Basta, anciano.
RAMON. (Á Anselmo en voz baja.)
Ahora vete y yo despues.
ANS. (Ap.) (¡He de decirle quién es!...
Dios me tenga de su mano!)
(Sale haciendo un ademan amenazador.)

ESCENA VI.

TODOS, ménos ANSELMO.

CARLOS. Ya me sacudí esa mosca.
RAMON. Eres, Cárlos, insensible.
CARLOS. Vas haciéndote insufrible;
no pongas la cara fosca.
(Adelantándose algunos pasos.)
¡Tú por aquí, mi buen Juan?
¡Siempre tan linda mi Elena!

(Á D. Juan.) ¡Noto en tu rostro una pena!...
(Á Elena.) ¡y en tí noto cierto afan!

JUAN. Hoy hace un año, señor...

CARLOS. ¡Es cierto!...

ELENA. (Á D. Cárlos.) ¡Jamás olvida!

CARLOS. No basta toda una vida
para agotar tal dolor.

RAMON. (¡Á que llora!) (Ap. y mirando á D. Cárlos.)

CARLOS. (Ap. y mirando á Elena.) (¡Es adorable!
pero es el fruto prohibido.)

RAMON. (Ap. y mirando á Cárlos.)
(Y parece conmovido:
¡es un actor admirable!)

JUAN. (Á D. Cárlos.) Vuelvo á la caja si usted
no dispone alguna cosa.

CARLOS. (Ap. y mirando á Elena.)
(Cada vez es más hermosa.)
Á tu espíritu haz merced (Cariñosamente.)
por hoy de descanso, Juan.
Estás triste, estás sombrío.

JUAN. Pero esas cuentas.

CARLOS. ¡Dios mio!
las cuentas esperarán.

ELENA. Dice bien don Cárlos, ven.

JUAN. No el cuerpo, el alma me duele.

CARLOS. Adios y que él te consuele.
(Dándole la mano.)

JUAN. Si él no me consuela, ¿quién!
(Sale D. Juan con Elena por la izquierda. D. Cárlos despide á Elena con un saludo cariñoso, y se queda contemplándola. D. Ramon observa á Don Cárlos.)

ESCENA VII.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

CARLOS. ¡Divina mujer... divina!
(Ap. mientras Elena sale conduciendo á D. Juan.)
(¡Qué graciosos movimientos!...
¡Pasad, negros pensamientos...
pasad... ¡Vamos, me fascina!

¿Á quién no roba la calma
esa tez de rosa y nieve,
y ese talle que se mueve
como la argelina palma!)

RAMON. (Poniendo una mano en el hombro de Cárlos.)
¿Siguiendo tu vista va
al triste y lloroso anciano,
ó el encanto sobrehumano
de la niña...

CARLOS. Basta ya.

RAMON. (En voz baja.)
Pues pienso, aunque no te cuadre,
que la adoras en secreto.

CARLOS. Debo á esa niña respeto
y respeto debo al padre.

RAMON. ¿Sí!... pues del hijo la muerte...

CARLOS. ¡Calla! (Tapándole la boca y mirando alrededor.)

RAMON. Nadie nos escucha.
¿Por qué se lanzó á la lucha?

CARLOS. Porque lo quiso la suerte.

RAMON. Sin embargo...

CARLOS. (Con enojo.) Basta.
(Como hablando consigo mismo.) Sí:
aunque yo ante nada cejo,
esa niña y ese viejo
son sagrados para mí.

RAMON. Así lo dicen tus labios;
¿mas lo siente el corazon?

CARLOS. Los pensamientos, Ramon,
no han sido jamás agravios.

RAMON. Siempre que os encuentro juntos,
en tus ojos, Cárlos, leo...

CARLOS. Te repito que deseo (Con tono severo.)
que hablemos de otros asuntos.

RAMON. ¿Otros asuntos?

CARLOS. Cabal.

RAMON. Es que por distintos modos (Con mal humor.)
há tiempo, Cárlos, que todos
los tuyos caminan mal.

CARLOS. ¿El empréstito tambien?

RAMON. Más que ninguno. ¡Dios santo,
mil millones! ¡Yo me espanto!...

¿Y quién no se espanta, quién,
al verte ciego lanzar
á tan insensata empresa
tu fortuna?

CARLOS. Saldrá ilesa
y la voy á triplicar.
(Con entusiasmo y animándose por grados.)
Dos años há que anhelante,
de fiebre el alma abrasada,
preparo aquesta jugada
y aqueste supremo instante.
Dos años, lo sabes bien,
los valores del tesoro
tuve en baja á costa de oro...

RAMON. De sangre á costa tambien.

CARLOS. ¡Silencio!... ¡Fué necesario!
Y hoy es tal la situacion,
que yo tan solo, Ramon,
puedo salvar al Erario
del abismo que le espera.

RAMON. Lo dudo.

CARLOS. ¿Por qué dudar
si en ello voy á arriesgar?...

RAMON. ¡Lo sé!

CARLOS. ¡Mi fortuna entera!

RAMON. No basta.

CARLOS. Y además cuento
con Urrutia.

RAMON. No me fío.

CARLOS. Y ademas, Ramon, es mio
el hombre mas opulento
de la banca mejicana.

RAMON. ¿Alvarado?

CARLOS. Al fin cedió.

RAMON. ¿Y cómo?

CARLOS. Queriendo yo.
Y comenzará mañana
á cubrir el nuevo plazo.

RAMON. ¡Mas no comprendo!...

CARLOS. ¡Inocente,
yo sé obligar á la gente!
Con su bella Lola enlazo

á mi Alfredo; mas chiton,
ni una palabra.

RAMON. ¡Qué idea!
¿pero Alfredo lo desea?

CARLOS. ¿Y qué me importa, Ramon!

RAMON. Es admirable tu plan.

CARLOS. ¿Al fin lo confiesas?

RAMON. Sí:
sin Alvarado ¡ay de tí!

CARLOS. ¿Y con él?

RAMON. No más afan. (Pausa.)
Me venciste: no lo niego,
y emprendo mi retirada.
(Tomando el sombrero y disponiéndose á salir.)

CARLOS. ¿Vas?...

RAMON. Á echar una mirada
á las oficinas: luégo
al círculo...

CARLOS. Pues bien, ántes...
si quisieras encargar
á mi joyero un collar...

RAMON. ¿Un collar?...

CARLOS. Sí, de brillantes.
Precio... limite no pongo.

RAMON. ¿Es tal vez para María?

CARLOS. Resistía... y resistía...

RAMON. ¿Y cederá?

CARLOS. Lo supongo. (Pausa.)
Ella vive en la pobreza,
respira un hálito impuro...
y es, Ramon, yo te lo juro,
un portento de belleza.
El mal jamás de su frente
empañó la luz serena:
es hermosa como Elena,
y como Elena inocente.

RAMON. Y tú por refinamiento
de esta imposible pasion,
buscas la compensacion
siquiera en el pensamiento...

CARLOS. ¡Dónde va tu fantasía?

RAMON. De Elena fruto prohibido...

CARLOS. Basta ya.
RAMON. ¿Te he comprendido?
CARLOS. Basta ya.
RAMON. ¡Pobre María!
CARLOS. Presa de inmenso valor:
¡qué divina languidez,
y qué mirada y qué tez!
¡Es un tesoro de amor!
¡Allí en monótona calma,
allí en silencio profundo
ignora que hay en el mundo
dichas que abrasan el alma!
¡Sus grandes y azules ojos,
y su blonda cabellera,
y la sonrisa hechicera
de sus bellos labios rojos ..
RAMON. (Mirando á la puerta de la izquierda.)
No te remontes, que al suelo
de un golpe vas á caer.
CARLOS. ¿Por qué?
RAMON. Porque tu mujer
se acerca.
CARLOS. ¡Válgame el cielo!
(Cae desplomado sobre el sofá: D. Ramon queda á su lado como cubriéndole con su cuerpo y mirando hácia la izquierda.)
RAMON. ¿Llegaste á tierra?
(Volviendo la cabeza hácia D. Cárlos.)
CARLOS. Espirante
llegué por la conmocion.
RAMON. Pues mira, tendrás sermon;
se lo noto en el semblante.

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, D. RAMON, DOÑA TERESA.

TER. (Á D. Cárlos.)
Un momento deseaba
hablar á solas contigo,
si permite nuestro amigo...
(D. Cárlos se levanta.)

RAMON. En este instante marchaba.
(D. Ramon saluda y sale por la puerta de las oficinas.)

ESCENA IX.

DOÑA TERESA, D. CÁRLOS.

TER. Quisiera, Cárlos, hablarte
de un asunto...
CARLOS. ¿De interés?
TER. Pienso que sí...
CARLOS. Vaya, pues
comienza.
TER. Puedes sentarte.
(D. Cárlos mira con cierto espanto cómico á su mujer y con aire resignado se sienta en el sofá.)
CARLOS. (Ap.) (Esta precaucion me aterra.)
¿Tan largo ha de ser el diálogo?
(Ap.) (Recuerdo otro muy análogo.)
¿Vienes de paz... ó de guerra?
TER. De Dios...
CARLOS. ¡Qué solemnidad!
TER. En el nombre...
CARLOS. Tengo miedo.
(Encogiéndose en el sofá.)
TER. (Impaciente.) No de mí, sino de Alfredo
se trata.
CARLOS. ¡Oh felicidad!
ven á sentarte á mi lado.
TER. Gracias, Cárlos, bien estoy.
CARLOS. Por más que me digas hoy
está el cielo encapotado.
TER. Perdona
CARLOS. (Ap.) (Vencí en la lid.)
TER. Nuestro Alfredo...
CARLOS. Que me place.
Llegamos al desenlace.
TER. Pronto volverá á Madrid.
Su porvenir...
CARLOS. Me interesa
más que á tí.

(Pausa. D. Cárlos se recuesta negligentemente en el sofá y medita algunos momentos.)

Duque le haré.
Y despues... le casaré...

TER. ¿Con quién?

CARLOS. ¡Con una princesa!

TER. Á veces un contratiempo
el plan mejor combinado...

CARLOS. (Para hablarle de Alvarado
y de Lola siempre hay tiempo.)
Desde el imperio del Czar
á la potente Inglaterra,
no hay un pedazo de tierra,
ni existe un rincon del mar,
en que no logre escoger
para mi heredero esposa,
por muy noble ó muy hermosa
que la dama pueda ser.

TER. Mucho crece tu esperanza
y mil afanes preveo.

CARLOS. No hay vallas para el deseo
y mucho mi nombre alcanza.

TER. Inspiracion de Luzbel,
tambien se elevó en la altura
la soberbia arquitectura
de la torre de Babel.

CARLOS. (Con ironía.) ¡Superlativa ambicion!
¡*subir* de la tierra al cielo!
Hoy *bajamos* desde el suelo
á las minas de carbon.
Y feliz el que su planta
á quinientos metros hunde:
Dios al soberbio confunde
y á los humildes levanta.
Y por eso las primeras,
entre *acciones* meritorias,
y prescindiendo de escorias,
son las *acciones*... mineras.
Mas yo, Teresa, pregunto:
¿consideras necesario
este exordio extraordinario?

TER. No en verdad.

CARLOS. Pues al asunto. (Mirando el reloj.)
(Comiénza lentamente á oscurecer, y al terminar la escena es casi de noche.)
TER. Trastornar tus planes siento;
pero tengo yo tambien
los mios; que con desden
quizá en el primer momento
escucháras de mi labio;
pero que con ser humildes,
y aunque de vana me tildes,
te aseguro sin agravio
á tu magnífica empresa,
que valen más para mí
que un título baladí
y una extranjera princesa.
CARLOS. ¿Y es tu proyecto?
TER. Casar
á nuestro Alfredo...
CARLOS. (Incorporándose.) ¿Con quién?
TER. Con la que es su dulce bien.
CARLOS. ¿Y ese bien tan singular?
(Con alguna impaciencia.)
TER. ¿No adivinas?
CARLOS. No adivino
el nombre de la sirena.
TER. Con un ángel: con Elena.
CARLOS. (Se levanta dando una carcajada: Doña Teresa se levanta tambien.)
¡Soberano desatino!
TER. Se tienen, Cárlos, amor.
CARLOS. ¡La razon es poderosa!
TER. Es Elena muy hermosa...
¡y has cambiado de color!
¿Por qué, dí, tu amarillez
va creciendo?
CARLOS. ¡De impaciencia!
TER. Las manchas de la conciencia
empalidecen la tez.
CARLOS. No te comprendo.
TER. Pues yo
sospecho, Cárles, que sí.
Ya mi palabra les dí

y será su esposa.

CARLOS. No. (Pausa.)

TER. Escucha, Cárlos, en calma:
solemnes son los momentos,
y basta de fingimientos
y hable con franqueza el alma.

CARLOS. Venga esa racha por fin:
sin retroceder la afronto;
pero concluyamos pronto,
que ya me vence el esplin.

TER. Nos casaron...

CARLOS. ¡No lo toma
de muy lejos! ¡San Andrés!
¡era el año ciento tres,
ántes de fundarse Roma!
Nos casaron sin amor,
ya me lo has dicho mil veces:
y que apuraste las heces,
y que ya te inspiro horror.
Que arrancar quieres á Alfredo
del contagio que le amaga,
porque yo soy una plaga,
porque pervertirle puedo,
porque le saco de quicio
y le seco el corazon
con mis máximas, que son
la quinta esencia del vicio.
Y tú, sólo por salvarle
de esta corrupcion horrible;
tú, la del alma sensible
y tierna, vas á casarle
con una niña inocente,
pura y blanca como el ampo;
despues os marchais al campo,
y los tres junto á una fuente,
sobre la verde pradera,
bajo el azulado cielo,
melancólico consuelo
pedis al ave parlera,
al perfumado tomillo,
á la frondosa enramada,
á la bullente cascada

y al triscador cabritillo,
mientras yo en perpétuo invierno,
si vosotros en abril,
me marcho en ferro-carril
y en tren expres al infierno.
Basta ya, que tengo empacho
de tan bucólica historia;
te concedo la victoria
y me vuelvo á mi despacho.
(D. Cárlos hace un movimiento para irse, Doña Teresa le detiene y saca una carta, pero en sus ademanes muestra gran vacilacion.)

TER. Un momento: seré breve.

CARLOS. (Ap.) (¿Qué papel será?)
(Impacientándose.) ¡Teresa!

TER. Bien sabe Dios que me pesa,
pero es forzoso. (El aleve
amaga del hijo mio
á la dicha... ¡qué dudar!)

CARLOS. ¡Así nos vamos á estar?

TER. (Ap.) (¡Me irrita su acento frio!) (Pausa.)
Tu retrato comenzamos,
pero algo falta á mi ver:
lo que no supiste hacer
lo haré yo.

CARLOS. Pues concluyamos.

TER. Á la luz divina ciego,
sin alma y sin corazon,
fuego tus sentidos son
y es tu cabeza de fuego.
Sordo á la voz del deber,
tu conciencia es un abismo,
y gobiernan tu egoismo
el orgullo y el placer.
No amaste, Cárlos, jamás,
en tí murió el sentimiento,
y es en tí el remordimiento
una palabra no más.
¡Hombre mármol; maravilla
que yo sola comprendí,
nunca una lágrima ví
en tu pálida mejilla!

¿Qué más Cárlos!... ¡No lloraste
(Acercándose á él y hablándole casi al oido y en voz muy baja.)
cuando tu madre murió!

CARLOS. ¡Teresa! (Amenazador.)

TER. Lo he visto yo.
La hipócrita mano alzaste
de los ojos á los huecos;
amorosa te quité
la mano, Cárlos, y hallé
que estaban tus ojos secos.

CARLOS. (Sin poder contenerse.)
¡Prudente será que ceses!

TER. Miento: tus ojos lloraron
una vez... que te engañaron
en una venta de treses.

CARLOS. ¡Negras tintas tu pincel
sobre mi retrato arroja!

TER. Es mi paleta la hoja
sangrienta de este papel.
(Mostrándole la carta.—Pausa.)
Con cariño y con afan,
dignos de empresas mayores,
de los tuyos, servidores
fueron los padres de Juan.
Él mismo,—de accion tan bella
nunca mi mente se olvida,—
salvó á tu padre la vida
en el sitio de Morella.
Un hijo tuvo el anciano,
un hijo á quien adoraba,
en quien su dicha cifraba,
y tú con potente mano
al hijo del pobre Juan,
debo hacerte esta justicia,
elevaste en la milicia
y le hiciste capitan.
Pero es tu pecho de roca,
y al fin llegó... ¡Tengo frio
en el corazon, Dios mio,
y se me seca la boca!

CARLOS. De una vez concluye.

TER. Espera:
en una inmensa jugada
de bolsa estaba empeñada,
Cárlos, tu fortuna entera.
¡La baja ó tu perdicion!
CARLOS. ¿Y qué más? (Con ansiedad.)
TER. Ya no dudaste,
y al pobre Ernesto lanzaste
á sangrienta rebelion.
(Pausa. D. Cárlos parece vencido por este recuerdo, pero al fin levanta la cabeza con energía.)
CARLOS. Le fué el destino fatal;
de haberle propicio sido
se hubiera Ernesto ceñido
la faja de general.
¿Acabó la historia?
TER. Empieza:
contraria le fué la suerte,
y una sentencia de muerte
cayó sobre su cabeza.
Acudió á tí suplicante,
de ti esperó salvacion...
(Acercándose á Cárlos, poniéndole la mano sobre el pecho y mirándole fijamente.)
¡No late tu corazon?
¡No hay sangre en este semblante?
CARLOS. Hubiera sido imprudente...
TER. Comprometerte temiste,
le abandonaste y huiste
de España cobardemente.
CARLOS. ¿Y cuál la prueba, el indicio?
TER. ¡Aún aquí su llanto brilla,
y está escrita en la capilla
horas ántes del suplicio! (Pausa.)
CARLOS. Esa pintura horrorosa
que desprecio y no me altera,
bien pudo hacerla cualquiera,
cualquiera ménos mi esposa.
TER. ¡Pues que tuya llegué á ser,
como tu esposa cumplí!
CARLOS. Lo sé.
TER. Pero no por tí,

ni por amor, por deber.

CARLOS. Y bien, ¿entónces?...

TER. De Alfredo
quiero asegurar la dicha;
de ese anciano la desdicha
mitigar.

CARLOS. Y yo no puedo.

TER. ¿No conoces?...

CARLOS. (Sin querer oir.) No conozco.

TER. Arrebatar á ese anciano
esa carta, fué villano
proceder: lo reconozco.
Pero supe por Ernesto
tu conducta desleal;
y como remedio al mal
guardé este papel funesto.
Un hijo por tí perdió;
(Señalando hácia dentro.)
dale en Alfredo otro hijo.

CARLOS. Imposible.

TER. Yo lo exijo.
¡Cede, Cárlos, cede!

CARLOS. No.

TER. ¡Has de pensar que soy madre:
que ya mi paciencia es harta!...
¡Si Alfredo viera esta carta;
si supiera que su padre!...

CARLOS. (Acercándose con profunda ansiedad á Doña Teresa.)
¡Pero no debe saberlo!

TER. Ni yo intento revelarlo.

CARLOS. Tú debieras olvidarlo.

TER. Y tú presente tenerlo.

CARLOS. ¡Venga esa carta! (Con energía.)

TER. Jamás.

CARLOS. La necesito: ¿prefieres
que te la arranque?

TER. ¿Cual eres
al fin á mostrarte vas?

CARLOS. ¡Teresa! (Acercándose á ella.)

TER. ¡Cárlos! (Retrocediendo.)

CARLOS. ¡La carta!

TER. ¡Osarás!
CARLOS. Soy caballero,
(Deteniéndose, mudando de tono, y afectando galantería.)
no temas; pero la quiero
y tú eres dócil. (Acercándose más.)
TER. Aparta.
CARLOS. Si ese papel de tu mano
por desventura saliese;
si casualmente cayese
en poder de algun villano
enemigo de mi fama,
fuera hoy arma peligrosa.
Es preciso... (Procurando coger la carta.)
TER. Soy tu esposa.
CARLOS. Tanto mejor. (Riendo.)
TER. ¡Y soy dama!
CARLOS. La mujer en su pasion
tiene caprichos de niño;
pero al niño con cariño
se le llama á la razon.
¡Teresa!...
(D. Cárlos le coge la mano y la besa con galantería: despues procura apoderarse de la carta. La escena casi á oscuras.)
TER. No: ¡gritaré!
CARLOS. ¡Es de mal tono! ¡Dios mio! (Riendo.)
En tu prudencia confío
y la carta la tendré.
¡Eres tan buena!

ESCENA X.

DOÑA TERESA, D. CÁRLOS, ELENA, D. JUAN.

Los dos últimos entran precipitadamente por la puerta del fondo: D. Juan trae una luz que deja sobre una de las consolas. Los movimientos de la escena anterior habrán traido á Doña Teresa hasta el sofá de la derecha.

ELENA. ¡Madrina!
CARLOS. (Ap.) (¡Qué oportuna!... ¡Pero yo!...)

(D. Cárlos se separa hácia la izquierda. Elena y D. Juan se acercan poseidos de gran agitacion á Doña Teresa.)

ELENA. ¡No sabes!... Ahora llegó!...
¡Ay qué ventura!... ¡Adivina!...
¡Respirar apenas puedo!...

JUAN. ¡Gozo más inesperado!...

ELENA. ¡Beltran, madrina, ha llegado!

JUAN. ¡Beltran!

TER. ¡Beltran... y mi Alfredo?

ELENA. ¡Ya viene, sí!...

TER. ¡Virgen mia!

(Doña Teresa vacila y cae desvanecida en el sofá. La carta de Ernesto se le desprende de la mano y cae al suelo.)

ELENA. ¡Madre, madre!...

JUAN. La emocion...

(La sostiene en el sofá, y coge la carta del suelo.)

Este papel...

CARLOS. (Ap. y sin observar el movimiento de D. Juan.)
(¡Qué ocasion!)
Pronto llama... (Á D. Juan.)

(Se acerca D. Cárlos para sostener á Doña Teresa. D. Juan se separa y va á la puerta del fondo, pero llevando la carta.)

ELENA. (Á D. Cárlos.) La alegría...

CARLOS. (Ap. cogiendo una mano de Teresa y buscando la carta con afan.)
¿Dónde estará?

JUAN. ¡Juana! Inés...

ELENA. ¡Vuelve en tí, madre!

CARLOS. (Buscando siempre.) ¡Teresa!

JUAN. (Ap. mirando el papel.)
Lo pondré sobre la mesa
tal como estaba; y despues...

(Se dirige á la mesa en que dejó la luz, y pone sobre ella la carta abierta: pero al retirarse se fija en ella involuntariamente.)

(Ap.) (¡Rota á lo largo!... ¡Qué miro!
¡Como aquella!

(Se acerca y se aleja alternativamente, sin atreverse á coger la carta.)

.ENA. ¡Madre amada!
ARLOS. (Ap. y mirando al suelo.)
(Pues señor, evaporada.)
TER. Alfredo... (Volviendo en sí.)
JUAN. (Ap.) (¡No! ¡Yo deliro!)
(Vacila algunos momentos, pero al fin coge la carta y empieza á leer.)
TER. ¡Viene el hijo de mi amor!
JUAN. (Ap.) (¿Al fin está en mi poder;
al fin la voy á leer
á solas con mi dolor!)
(Sale precipitadamente por la izquierda llevándose la luz.)

ESCENA XI.

DOÑA TERESA, ELENA, D. CÁRLOS.

ELENA. ¡Madre mia!
TER. Dame un beso.
ELENA. Yo no sé lo que me pasa.
CARLOS. Nos dejó á oscuras. ¡Qué casa!
Todos han perdido el seso.
(Ap.) (¡Y no la puedo encontrar!
¿Para qué querrá escribir
un hombre que va á morir?
Solo para molestar
á los que en aquel abismo
con más prudencia ó más suerte
escapamos de la muerte.
¡Pero señor, qué egoismo!)
ELENA. Es un coche.
(Todos se levantan: Doña Teresa y Elena se precipitan al balcon; D. Cárlos busca de nuevo la carta.)
Ver no puedo...
TER. ¿Qué rumor?
ELENA. ¡Aquí han entrado!
TER. ¡Él es!...
ELENA. ¡Él!...
TER. ¡Hijo adorado!
Ven, Elena, ven...

(Se dirigen precipitadamente á la puerta del fondo; D. Cárlos se asoma al balcon.)

ESCENA XII.

DOÑA TERESA, ELENA. D. CÁRLOS, ALFREDO, D. RAMON, CRIADOS con luces. Alfredo se presenta en la puerta precedido de criados. D. Ramon aparece en la puerta de las oficinas y se reune á D. Cárlos. Doña Teresa y Elena se precipitan hácia Alfredo. D. Cárles y D. Ramon se acercan con más lentitud.

TER. ¡Mi Alfredo!
ALF. ¡Madre! (Se abrazan apasionadamente.)
¡Elena! (Cogiéndola las dos manos.)
TER. ¡Hijo querido!
ELENA. ¡Al fin!
TER. Paga este momento
dos años de sufrimiento
que siglos para mí han sido.
(Se abrazan de nuevo.)
ALF. ¡Padre! (Se abrazan.)
CARLOS. ¡Soberbia presencia!
(Mirándole con orgullo. Alfredo estrecha la mano de D. Ramon y de nuevo se dirige á su madre y Elena.)
Ya le educaremos... (Á Ramon.)
RAMON. Justo.
Á tus mañas y á tu gusto.
CARLOS. Y con mi gran experiencia...
ALF. ¡Madre del alma! ¡Y tú, Elena!
¡Aun de luto!.... ¡Desgraciado!
ELENA. ¡Cuánto en tu ausencia he llorado!
ALF. ¿Y don Juan?
ELENA. Muere de pena.

ESCENA XIII.

DICHOS y D. JUAN.

D. Juan aparece en la puerta de la izquierda pálido, descompuesto y agitando la carta en su mano convulsa.

ALF. ¡Vengan los brazos! (Á D. Juan.)
JUAN. ¡Aparta!
¡Tienes sangre de ese Judas!
(Señalando á D. Cárlos.)
CARLOS. ¿Qué estás diciendo?
JUAN. ¿Lo dudas?
¡Mira, infame!
(Se dirige á Cárlos y le acerca la carta al rostro.)
CARLOS. ¡Juan!
TER. (Precipitándose entre ambos.) ¡¡La carta!!
(Quedan los personajes en el órden siguiente: Doña Teresa, D. Cárlos y D. Juan formando un grupo: doña Teresa entre ambos, que se miran coléricos. Elena y Alfredo forman otro grupo y contemplan con estupor esta escena. D. Ramon aparte. Los criados que trajeron las luces observan con curiosidad.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, ALVARADO, BANQUERO 1.°, BANQUERO 2.°, BANQUERO 3.°, D. Cárlos y Alvarado á la derecha. Los tres Banqueros formando un grupo á la izquierda.

ALV. ¿Y conoce Alfredo ya?
CARLOS. Vamos, don Luis, en confianza;
Alfredo está enamorado
de Lola.
ALV. ¿De veras?
CARLOS. ¡Vaya!
ALV. Gran placer, mi buen amigo,
esa noticia me causa.
Los negocios no secaron
en mi corazon las santas
ilusiones de la vida,
y el lazo que una dos almas
debe fundarse á mi ver
en el amor.
CARLOS. ¡Cosa clara!
(Ap.) (¡Cómo pudo hacer fortuna
con tales extravagancias!)
(Siguen hablando en voz baja.)

(Grupo de los Banqueros.)

BANQ. 3.° Por más que diga don Cárlos
Urrutia no es de confianza.

BANQ. 1.° ¿Pero Alvarado es seguro?

BANQ. 2.° (Con misterio.) Lola y Alfredo se casan.

BANQ. 1.° ¿Tú sabes?...

BANQ. 2.° Muere de amor
la divina mejicana.

BANQ. 3.° ¿Y dónde se conocieron?

BANQ. 2.° En París.

BANQ. 3.° ¿Y esta es la causa
de que el padre dé su ayuda
á don Cárlos en jugada
de tanto riesgo?

BANQ. 2.° Cabal.

BANQ. 1.° ¡Tiene don Luis grande el alma!

ESCENA II.

DICHOS, D. RAMON, por el fondo.

RAMON. Señores... (Saludando.)

CARLOS. (Á D. Ramon.) ¿Noticias?

RAMON. Buenas.
La bolsa prosigue en alza.

BANQ. 2.° El empréstito será
el asombro de la banca.

CARLOS. (Á D. Ramon.) ¿Me trajiste los brillantes?

RAMON. Aquí están.
(Saca un estuche y se lo entrega á D. Cárlos, que con el estuche en la mano, se dirige á la izquierda: los tres Banqueros le rodean y miran el collar con interés. D. Ramon se acerca á D. Luis y los dos hablan en voz baja á la derecha.)

CARLOS. Muy bien. Me agradan.

BANQ. 1.° ¡Es una cinta de fuego!

BANQ. 2.° ¡Cada brillante es una ascua!

CARLOS. ¿Y el precio? (Volviéndose hácia Ramon.)

BANQ. 3.° Caros serán.

RAMON. (Interrumpe su conversacion con Alvarado, y sin separarse de éste se vuelve hácia D. Cárlos.)
Quince mil duros y gracias.

(Sigue hablando con Alvarado.)

CARLOS. (¡Demonio!) Pues son baratos. (En voz alta.)

(D. Cárlos se separa de los Banqueros dejándoles el collar y se aproxima á D. Ramon y á Alvarado. De este modo los personajes forman dos grupos: á la izquierda los tres Banqueros; á la derecha don Cárlos, D. Ramon y Alvarado: estos tres últimos hablan en voz baja y comparan notas.)

BANQ. 1.° ¡Qué reflejos! (Mirando el collar.)
BANQ. 3.° Qué mudanzas.
BANQ. 2.° Ya será la rica joya
para alguna buena alhaja.
BANQ. 1.° Son para Julia Fernandez.
BANQ. 3.° Son para Carlota Vargas.
BANQ. 1.° Yo lo sé por el joyero.
BANQ. 3.° Pues el joyero te engaña:
es Carlota la que priva.
BANQ. 1.° ¡Qué historia tan atrasada!
BANQ. 2.° ¡Este Cárlos es el diablo!
BANQ. 3.° ¡Á mí es hombre que me encanta!

(Los tres Banqueros siguen hablando. Alvarado se separa de D. Cárlos, y con unas notas en la mano se aproxima á los tres Banqueros. Dejan éstos el collar sobre la mesa y hablan en voz baja con don Luis. Á la derecha D. Cárlos y D. Ramon.)

CARLOS. ¿Cómo sigue Juan?
RAMON. Mejor.
Hoy mismo deja la cama.
CARLOS. Es un desatino: en ella
mucho más tranquilo estaba.
Siempre tendremos alguna
escena melodramática.
RAMON. ¿Y Alfredo sospecha?...
CARLOS. Al ménos
duda, y si viera esa carta...
tal vez, Ramon, no lo creas,
pero el pensarlo me espanta.
¡Flaquezas!... ¡Debilidades!...
Le he pedido esta mañana
á Juan...
RAMON. ¿Alguna entrevista?
CARLOS. ¡Quiere marcharse de casa

y quiere llevarse á Elena!
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA III.

DICHOS, ALFREDO y ANSELMO, por el fondo.

ALF. Háblale; valor. (Á Anselmo.)
ANS. Es vana
mi súplica. Le conozco.
ALF. (Acercándose al grupo que forman D. Cárlos y D. Ramon. Detrás de Alfredo se acerca con desconfianza Anselmo.)
Padre...
CARLOS. (Volviéndose.) Alfredo...
ANS. Señor...
CARLOS. Basta.
Te dije que es imposible.
ANS. Veinte años en vuestra casa...
CARLOS. Trabajaste y te pagué.
He suprimido tu plaza:
lo siento, pero es preciso:
Dios te ampare en tu desgracia.
RAMON. Vamos, Cárlos. (Suplicando.)
ALF. Si mi ruego...
CARLOS. Inútil; son necesarias
severas economías.
ANS. (Con violencia.)
¡Es decir que nada alcanzan!...
CARLOS. Mi casa no es un hospicio,
es una casa de banca.
(D. Cárlos se separa del grupo de la derecha y se acerca al de la izquierda. Alvarado se separa igualmente del grupo de los Banqueros y sale al encuentro de D. Cárlos.)
ALV. (Á D. Cárlos.) Quisiera que combinasemos
ciertos detalles que aún faltan.
CARLOS. Pues pasemos al despacho.
Señores... (Despidiéndose de los Banqueros.)
(D. Cárlos y D. Luis se dirigen á la derecha, primer término. Los Banqueros quedan siempre á la izquierda. Alfredo y Ramon consolando y conte-

niendo á Anselmo.)

ANS. (Ap. al ver pasar á D. Cárlos.)
(¡Maldita raza!)

CARLOS. (Á D. Ramon.) Déjame sobre la mesa
el collar, que con más calma
he de volver para verlo.

ANS. (Ap.) (¡Miserable!)

ALF. No te vayas.
Á mi madre acudiré;
en mi madre ten confianza.
(Sale Alfredo por la izquierda.)

ANS. (En todos confiando voy
y nadie seca mis lágrimas.)
(Salen D. Cárlos, D. Luis y D. Ramon por la derecha.)

ESCENA IV.

LOS TRES BANQUEROS: separado de ellos, triste y pensativo, ANSELMO.

BANQ. 1.° ¡Es un hombre prodigioso!

BANQ. 3.° ¡Qué actividad, qué talento!

BANQ. 2.° Él se siente en su elemento
en este vertiginoso
torbellino de la córte.

BANQ. 1.° ¿Y el empréstito?

BANQ. 3.° Se hará.

BANQ. 2.° Él sabe por dónde va.

BANQ. 3.° Él jamás pierde su norte.

BANQ. 1.° Nada basta á sus ardores:
ni el mundo con sus placeres,
ni con su amor las mujeres,
ni el arte con sus primores.

BANQ. 2.° Y á propósito, ¿sabeis
el gran escándalo?

BANQS. 1.° y 3.° No.

BANQ. 2.° Pues señores, lo sé yo.

BANQ. 3.° ¡Bravo!

BANQ. 1.° Sepamos...

BANQ. 2.° (Como dudando.) Ya veis...
¿no sé si debo?...

BANQ. 1.° Callar
te prometemos lo mismo
que muertos.
BANQ. 3.° Soy un abismo.
BANQ. 1.° Conque nos vas á contar
con gran reserva...
BANQ. 2.° Decid,
que sólo vosotros.
BANQ. 1.° ¡Pues!
(Ap.) (Ya son las dos, á las tres,
lo sabe todo Madrid.)
BANQ. 2.° (Bajando la voz y con misterio.)
Me lo contó mi lacayo,
y á mi lacayo Julian,
que á más de ser un truhan
charla como un papagayo.
Como os estoy viendo ahora
vió Julian toda la escena:
vió la turbacion de Elena
y el llanto de su señora.
Vió á don Juan enfurecido
con una carta en la mano
gritar á voces ¡villano!
y á don Cárlos confundido.
Juan enfermó...
BANQ. 1.° Ya lo sé.
BANQ. 2.° Doña Teresa está triste...
La pobre Elena resiste...
BANQ. 3.° ¡Resiste?...
BANQ. 2.° Sí.
BANQ. 3.° ¿Pero qué?
BANQ. 2.° ¿No habeis comprendido?
BANQ. 1.° No.
BANQ. 2.° Pues siempre es el mismo drama:
galan, padre, carta y dama.
¡Cien veces lo he visto yo!
(Continúan los tres Banqueros hablando en voz baja.)
ANS. (Ap.) (Están hablando de Juan...
y de Elena el nombre oí...)
BANQ. 1.° No lo creo.
BANQ. 3.° Pues yo sí.

BANQ. 1.° Siempre buscais con afan...
¿Supones tú que don Cárlos (Al Banquero 2.°)
con su amor persigue á Elena?
BANQ. 2.° Bien lo dice aquella escena.
ANS. (Ap.) (Si yo pudiera escucharlos.)
BANQ. 3.° Historia nueva y curiosa.
BANQ. 1.° ¡Decir debes repugnante!
BANQ. 2.° Es don Cárlos muy galante.
BANQ. 3.° Y la dama muy hermosa.
BANQ. 1.° Es imposible.
BANQ. 3.° No tal.
BANQ. 1.° ¿Tú sospechabas?...
BANQ. 2.° ¿Sabias?...
(Banquero 3.° hace una señal afirmativa.)
¿Pues por qué no lo decias?
BANQ. 3.° Por reserva natural.
Don Cárlos... vamos... no sé
si debo decirlo...
BANQ. 2.° Claro.
BANQ. 3.° Tengo... así... cierto reparo...
BANQ. 2.° ¿Qué sospechas? vamos ¿qué?
BANQ. 3.° ¿Veis esos brillantes?
BANQS. 1.° y 2.° Sí.
BANQ. 3.° Ántes buscábamos...
BANQS. 1.° y 2.° ¡Ah!
BANQ. 3.° Quién era la dama.
BANQS. 1.° y 2.° ¡Ya!
BANQ. 3.° ¡Si estará la dama aquí?
BANQ. 1.° Y Juan se acomoda...
ANS. (Adelantándose.) No.
BANQ. 2.° ¿Te quedaste?
BANQ. 3.° ¿Has escuchado?
ANS. Juan es pobre, pero honrado;
tan honrado como yo.
Blancos sus cabellos son
como blancos son los mios;
pero aún tienen muchos bríos
el suyo y mí corazon.
BANQ. 1.° Silencio, que viene Juan.
BANQ. 2.° Sometamos á un ensayo
el cuento de mi lacayo
y la historia de Julian.

ANS. (¡Ah, don Cárlos, mi dolor
no desarrugó tu ceño!
no hay enemigo pequeño
cuando le inspira el rencor!)

ESCENA V.

LOS TRES BANQUEROS, ANSELMO, D. JUAN. Este último por la izquierda.

JUAN. Señores...
BANQ. 3.° Venga esa mano.
BANQ. 1.° Otra vez tan bueno y tan...
BANQ. 2.° Así me gusta, don Juan;
siempre fuerte un veterano.
JUAN. ¿Don Cárlos?...
BANQ. 2.° Ha de volver
muy en breve, pues dejó
esta joya que compró
y que aún no ha podido ver.
(Coge el collar y aparenta que lo examina con interés.)
JUAN. Entónces aquí le aguardo.
BANQ. 2.° (Al Banquero 1.°)
¡Repara bien qué brillantes,
qué pureza y qué cambiantes!...
(Á los Banqueros 1.° y 3.°)
(Voy á disparar el dardo.)
(Á D. Juan.) ¡Esto es vivir y gozar!
¿Qué garganta alabastrina
ceñirá la luz divina
de este espléndido collar?
¿Cuál femenil corazon,
segun añeja costumbre,
encenderá en esta lumbre
el fuego de su pasion?
¿Quién los tiernos sentimientos
podrá rechazar, don Juan,
del generoso galan
que en tan buenos argumentos
sus pretensiones apoya?
¿Nada se cuenta en la caja,
ni de aquella buena alhaja,

ni de aquesta rica joya?
JUAN. Nada en la caja se cuenta
mientras en la caja estoy.
BANQ. 2.° Pues estos brillantes hoy
dan que hablar. Y se comenta...
y se dice... que ha encontrado
don Cárlos otra belleza.
JUAN. Alguna nueva vileza.
BANQ. 2.° (Ap. á los Banqueros 1.° y 3.°)
(¿Si en el blanco habremos dado?)
BANQ. 1.° (Basta ya.) (Á los Banqueros 2.° y 3.°)
BANQ. 2.° ¿Quién podrá ser?
BANQ. 3.° Será jóven.
BANQ. 2.° Será hermosa.
BANQ. 3.° ¡La favorita dichosa!
BANQ. 2.° ¡La afortunada mujer!
JUAN. Al fulgor extraordinario
de ese soberbio collar,
bien pronto vereis brillar
su vil rostro mercenario.
BANQ. 2.° (¡Lo dijo con tal pasion!...)
BANQ. 3.° (¡La viga en el ojo ajeno!)
BANQ. 2.° (¡Bueno está el mundo!)
BANQ. 1.° (Sí, bueno.)
ANS. (Ap. á D. Juan.) (Basta de conversacion.)
BANQ. 2.° (Ap. á los otros dos.)
(Silencio, viene el galan.)
BANQ. 1.ª (Silencio: demos un córte.)
BANQ. 2.° (Á D. Juan.) Para victorias la córte.

ESCENA VI.

LOS TRES BANQUEROS, ANSELMO, D. CÁRLOS. El último por la derecha, primer término.

CARLOS. Señores... amigo Juan...
(D. Cárlos saluda naturalmente á Juan y se acerca á los Banqueros. Los personajes quedan en el órden siguiente: D. Cárlos y los Banqueros, á la derecha; Anselmo y Juan, á la izquierda.)
JUAN. (Nada les comprendo.) (Ap. á Anselmo.)
ANS. (Id. á Juan.) Pues

ya te explicaré.)

CARLOS. (Á los Banqueros.) Alvarado
les aguarda.

BANQ. 2.° Buen soldado.
(Á D. Juan despidiéndose.)

BANQ. 1.° Hasta luégo. (Lo mismo.)

BANQ. 3.° (Id.) Hasta despues.
(Las Banqueros 1.°, 2.° y 3.° salen por la puerta que conduce al despacho de D. Cárlos despues de hablar con este algunos instantes.)

ANS. (Ap.) (Si la venganza me incita,
si en odio el cariño trueco,
¿por qué no he de ser el eco
que sus infamias repita?)
(Te espero... y yo te diré...) (Á Juan.)

JUAN. ¿Dónde?

ANS. Allá dentro te aguardo.

JUAN. Mas si por acaso tardo...

ANS. No importa, te esperaré.
(Sale Anselmo por la izquierda.)

ESCENA VII.

D. CÁRLOS, D. JUAN.

CARLOS. (Ap.) (En verdad que no me siento
tranquilo al lado de Juan.)

JUAN. (Ap.) (Quisiera calmar mi afan
y calmar mi pensamiento.)

CARLOS. ¿Deseabas hablarme?

JUAN. No.
(Movimiento de sorpresa de D. Cárlos.)
Usted, señor, me ha llamado.

CARLOS. ¡Justo!... Lo había olvidado.
Cien ideas llevo yo
en mi cabeza.

JUAN. ¡Es fortuna,
y por mí, señor, lo infiero:
por más que olvidarla quiero,
en mi mente sólo hay *una*!

CARLOS. (Ap.) (No me doy por entendido

aunque adivino cuál sea
esa malhadada idea.
(Pausa. D. Cárlos observa con interés á D. Juan.)
¡Infeliz!... ¡Mucho ha sufrido!)
Dicen que quieres partir
y que me guardas rencor.

JUAN. ¿En esta casa, señor,
de qué puedo ya servir?
Ya se oscurece mi estrella,
ya ni valgo ni aprovecho.
La sangre que de mi pecho,
por vuestro padre en Morella,
cuando junto á mí luchaba
y mi cuerpo le cubría,
con entusiasmo vertía
y con placer derramaba,
con años de tanto afan
secóse en mis viejas venas:
¡dejad que llore sus penas
á solas el pobre Juan!

CARLOS. ¿Y piensas dejarnos?

JUAN. Sí.

CARLOS. ¿Con Elena?

JUAN. ¿Por qué no?

CARLOS. Pues mira, pensaba yo
que mejor quedaba aquí.

JUAN. Doña Teresa, cual madre
fué para Elena...

CARLOS. Por eso.

JUAN. Con gratitud lo confieso,
pero al fin yo soy su padre. (Pausa.)

CARLOS. ¿Que nada, por más que lucho,
tu terco designio quiebre!

JUAN. Entre el insomnio y la fiebre
á veces se piensa mucho.

CARLOS. ¿Pensaste?

JUAN. Que he de partir.

CARLOS. (Imperturbable.)
¿Y la razon?
(D. Juan le mira algunos instantes con asombro y al fin dice con ironía.)

JUAN. Un capricho.

CARLOS. Dí la verdad.
JUAN. Ya la he dicho,
mas la voy á repetir.
De dos razas á mi ver,
distintas, somos, señor;
á una persigue el dolor,
goza la otra del placer,
y en toda triste jornada
y en todo supremo instante,
la de usted queda triunfante,
la mia sacrificada.
Ya cumplí mi obligacion,
pagué sangriento tributo;
en el alma llevo luto,
luto lleva el corazon;
usted... queda en su palacio,
y aunque lo sienta perder,
quiero entre los dos poner
mucha tierra y mucho espacio.
CARLOS. Mi buen Juan... (Acercándose.)
JUAN. (Retrocediendo.) Yo nada exijo.
CARLOS. ¿Me hablas con tal amargura!
JUAN. ¿Usted sabe por ventura
lo que es el perder un hijo?
(Acercándose á D. Cárlos y mirándole atentamente.)
Lo ignora, sí, que la cara
lo dice. ¿Si lo supiera,
lo que hizo con él hiciera
ó ante mí se presentára?
CARLOS. Oye, Juan...
JUAN. No puedo oir:
preciso es que aquí acabemos:
por última vez nos vemos.
CARLOS. ¿Por qué?
JUAN. Porque he de partir.
Le conviene á usted, señor,
(Procurando contenerse.)
le conviene á usted que parta;
que léjos lleve esa carta,
que entre Alfredo y mi dolor
ponga mucha, mucha tierra,
pues no respondo de mi

en tanto que siga aquí
con mis furores en guerra.

CARLOS. Más tu pena me conmueve
que tu amenaza me irrita.

JUAN. Y más calma necesita
quien ménos tenerla debe.

CARLOS. Me inspiras, Juan, compasion.

JUAN. Si usted no me la inspirára;
si á su delito aplicára
la justicia del talion;
si yo pusiera delante
del hijo honrado y leal
al padre con la señal
de asesino en el semblante...
aunque son pruebas muy rudas,
y aunque amor filial impere,
¿piensa usted que nadie quiere
que le haya engendrado un Judas?

CARLOS. ¡Ese insulto!... Tente quedo.
¡No amenaces!

JUAN. ¡Bien podría!

CARLOS. ¿Piensas que lo sufriría?

JUAN. Sí.

CARLOS. ¡Por lástima!

JUAN. ¡Por miedo!

CARLOS. Como te aguanta no sé
mi ya gastada paciencia.

JUAN. Milagros de la conciencia.
(Pausa. D. Juan hace un movimiento para marcharse.)
Á don Ramon rendiré
cuentas que debo rendir.
Y despues Elena y yo...

CARLOS. ¿Con Elena dices!... No.

JUAN. ¡Don Cárlos!...

CARLOS. Su porvenir
vas á matar de ese modo.

JUAN. Será lo que deba ser.

CARLOS. Su ventura...

JUAN. Su deber
es lo primero de todo.

CARLOS. Tendrás cuidados prolijos

y nadie vendrá en tu ayuda.

JUAN. ¡Se ha propuesto usted sin duda
quitarme todos mis hijos!
Adios, señor.

CARLOS. ¿Dónde vas?

JUAN. Doña Teresa y Alfredo
me aguardan...

CARLOS. (Me inspira miedo.)
¡Pero no le mostrarás
esa carta; no por Dios!

JUAN. Fuera justicia cumplida
y justicia merecida
sin hijos quedar los dos.
Mas no tema que á tal precio
tal venganza yo no exijo.
Mucho es la muerte de un hijo;
pero aún es más su desprecio. (Váse.)

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

RAMON. ¿Qué estás pensando?

CARLOS. No sé;
pero algo agitarse siento.
(Llevando las manos al pecho.)

RAMON. ¿Acaso el remordimiento?

CARLOS. ¡Remordimiento! ¿Por qué?
Lo que hice fué natural:
¿querías que me arruinase
ó tal vez que adivinase
la catástrofe final?
El afan que me devora
explicarte no podría;
algo siente el alma mia,
pero qué siente lo ignora.
Siento agitarse en mi pecho
á la vez despecho y pena;
pena por perder á Elena
y por mi pena despecho.
Por Juan enojo y dolor;
dolor agudo al mirarle,

fiero enojo al escucharle;
y no sé cuál es mayor.
Y entre dolores y enojos,
y entre despechos y penas
arde la sangre en mis venas
y turbio miran mis ojos.
Y en tan confuso sentir,
sólo ve mi voluntad
con perfecta claridad
que Elena no ha de partir.
Por impedirlo llegára
al crímen ó al sacrificio;
á esta pasion que acaricio
para siempre renunciára,
¡lo juro por Belcebú!
conservando á Elena yo;
pero perdiéndola no. (Con energía.)
Esto no lo entiendes tú.

RAMON. Pues ella se acerca.

CARLOS. Vete.

RAMON. ¿Qué vas á hacer?

CARLOS. No lo sé.

RAMON. Calma, Cárlos.

CARLOS. La tendré.
(Al ver un movimiento de duda de D. Ramon.)
Y soy yo quien lo promete.
Vuelve al despacho. Alvarado
aguarda contestacion.

RAMON. ¿De Urrutia?

CARLOS. Sí.

RAMON. El corazon
me dice que te ha engañado.
(Sale D. Ramon por la derecha, primer término.)

ESCENA IX.

D. CÁRLOS, ELENA.

Elena se detiene en la puerta de la izquierda como temerosa.

CARLOS. (Ap.) (Acercarse quiere y duda.
Pobre niña.)

ELENA. (Id.) (Yo quisiera

y no me atrevo.)

CARLOS. (¡Hechicera!)

ELENA. ¿Fué la batalla muy ruda?

(Desde lejos y con timidez. D. Cárlos se acerca á ella y la trae cariñosamente al proscenio.)

CARLOS. Insultos tales sufrí
de su furor insensato,
que tan solo mi arrebato
enfrené pensando en tí.

ELENA. Esperando el desenlace
estaba, pero no tuve
paciencia...

CARLOS. Pues ya la nube
ha estallado.

ELENA. ¿Y qué se hace?

(D. Cárlos indica con sus ademanes que no atina.)

¿Mi padre, qué resolvió?

CARLOS. Quiere llevarte.

ELENA. ¡Dios mio!
en usted sólo confío:
¿usted lo consiente?

CARLOS. No.
Por nada, Elena, en el mundo
me resigno yo á perderte,
que desde niña á quererte
con amor tierno y profundo
me habitué. Mis pesadumbres
templó tu infantil gracejo,
y voy siendo ya muy viejo
para cambiar de costumbres.

ELENA. Si mi padre en su amargura...

CARLOS. Tendrá que ceder tu padre,
que le cuadre ó no le cuadre.
¡Lo primero es tu ventura!
¡Tú, pobre niña, educada
en el calor de mi hogar;
tú, mi casa abandonar
llorosa y desesperada!
¡tú, cruzando el ancho mundo
de la infamia y la traicion,
y por toda proteccion
un anciano moribundo!

¡En el miserable espacio
de una sórdida bohardilla,
tú, del arte maravilla
y asombro de mi palacio!
Si tú salieras de aquí,
si yo llegára á perderte,
para tí miseria y muerte
y deshonra para mí.

ELENA. El pensarlo me estremece,
mas si mi padre lo ordena,
aunque es inmensa mi pena,
¿qué hacer?

CARLOS. Se desobedece.
¿Quiere marcharse? Pues bien,
libre tiene la salida;
mas para truncar tu vida,
¿quién tiene derecho? ¿quién?
¿Qué razon formal y seria
le asiste en su terco afan?
¿Para qué se empeña Juan
en lanzarte á la miseria?
Resiste: puedes si quieres.
Mas sin decir que te incito.

ELENA. Y resistiendo le irrito.

CARLOS. Y no resistiendo mueres.
¿Quién como yo se desvive
por labrar vuestra ventura?
Mas tu padre en su locura
siempre con desden recibe
mis cariñosas ofertas;
siempre rechaza mis dones
con orgullosas razones.
¡Cuántas y cuántas reyertas
hemos tenido los dos!
Él es viejo, no comprende
esta sociedad: entiende
el honor ¡válgame Dios!
por manera bien extraña:
se plantó en el año doce
y el infeliz desconoce
á nuestra moderna España.
Hoy, Elena, es lo primero

tener oro, que sin él
se hace bien triste papel.

ELENA. Pero el dinero...

CARLOS. ¡Es dinero!
Y con él podrás saciar
tus sentidos de placeres;
sobre todas las mujeres
podrás, Elena, brillar.
El mundo entero á tus pies
en espléndida llanura,
verás, niña, de la altura
en que reines.

ELENA. ¿Y despues?

CARLOS. Vive y goza, que la huesa
viene tras la juventud.

ELENA. ¿Y el honor y la virtud?

CARLOS. Eso... es cuenta de Teresa.

ELENA. ¡Don Cárlos! (Retirándose sobrecogida.)

CARLOS. Bien: exagero
por mi carácter jocoso;
pero, Elena, no hay reposo
para nadie sin dinero.

ELENA. Tambien entre rojas nieblas
un reino en una llanura
mostró á Jesús en la altura
el ángel de las tinieblas.

CARLOS. (Ap.) (¡Pues, Teresa! ¿Quién resiste
virtud que así le avasalle.)

ELENA. Miró Cristo el rico valle
bajando su frente triste:
rogó al Padre de la luz
y venció la tentacion.

CARLOS. (Con expresion satánica.)
¡Por eso sufrió pasion
y por eso murió en cruz!

ESCENA X.

D. CARLOS, ELENA, DOÑA TERESA, ALFREDO, D. JUAN, ANSELMO.

Los personajes están en el órden siguiente: Elena retroce-

diendo con espanto llega hasta la mesa de la izquierda sobre la cual se halla el collar de brillantes. D. Cárlos la sigue. Doña Teresa, Alfredo, D. Juan y Anselmo aparecen en la puerta de la izquierda, y en ella se detienen: Doña Teresa conteniendo á Alfredo; Anselmo llevando á D. Juan y mostrándole el grupo que forman Elena y D. Cárlos.

ELENA. Basta, basta... yo agradezco,
don Cárlos, tanto interés.
Pero... Teresa...
CARLOS. Despues...
JUAN. (¿Qué dices!...) (Á Anselmo.)
ANS. (¡Juan!...)
ALF. (¡Me estremezco!)
CARLOS. ¡Mira, Elena, si tú quieres
has de ser, y no te asombres,
admiracion de los hombres
y envidia de las mujeres!
¡En tu frente pedrería,
tus blancos hombros encajes,
y arrastrar soberbios trajes
por alfombras de Turquía.
ELENA. No merezco...
CARLOS. Tú mereces
ser la reina de un palacio:
de mirarte no me sacio:
con tu hermosura oscureces
el fulgor de estos brillantes. (Coge el collar.)
Quiero ver de su destello
sobre tu pálido cuello
los luminosos cambiantes.
(Procura D. Cárlos ceñir el collar á Elena. Ella se resiste, pero al fin cierra el broche.)
ANS. (¿Veis el collar?)
TER. (¡Vírgen santa!)
ANS. (¡Como un ascua resplandece!)
JUAN. (¡Hija del alma!)
ALF. (¡Parece
que le quema la garganta!)
(D. Cárlos y Elena continúan junto á la mesa de la izquierda. Doña Teresa, Alfredo, D. Juan y Anselmo, avanzan lentamente. Anselmo precediendo á

todos y casi llevando á Alfredo y á D. Juan. Doña Teresa procurando contener á su hijo.)

ANS. ¿He sido yo un visionario?

JUAN. ¡Por mi deshonra su vida!
(Ap.) (¡Vereis de la entretenida
el vil rostro mercenario!
¡Yo lo dije... sí... yo mismo!)

TER. ¡Alfredo... por Dios... Alfredo!
(Conteniéndole.)

ALF. ¡No puedo... madre... no puedo!

ANS. ¡Si dije que es un abismo!

JUAN. (Apartando á todos y acercándose vacilante á Don Cárlos.)
Dejadme... voy cordinando
mis iras... porque conviene...

ELENA. ¿Pero mi padre qué tiene?

JUAN. (Cogiendo á Elena por un brazo y separándola hácia la derecha.)
Vete...

ELENA. ¡Padre!

JUAN. Yo lo mando.

TER. Elena...

ELENA. Madre!

JUAN. (Á D. Cárlos.) Los dos...
Espera... me falta aliento...
se me escapa el pensamiento...

ALF. ¡Padre! (Marchando hácia la izquierda.)

TER. ¡Alfredo!...
(Conteniéndole y colocándose entre D. Cárlos y Alfredo.)

ALF. No...

TER. ¡Por Dios!
(D. Juan coge á D. Cárlos por un brazo: D. Cárlos procura desasirse.)

CARLOS. Suelta... ¿qué nueva locura?

JUAN. Antes...

CARLOS. Suelta...

JUAN. (Con voz ahogada.) ¡Quiero hablar!...

CARLOS. Primero vas á soltar. (Desprendiéndose.)

JUAN. ¡Una niña casta y pura!
(Los personages están en el órden siguiente de izquierda á derecha: Alfredo, Teresa, D. Cárlos,

Juan, Elena, Anselmo.)

ALF. ¡Padre, de quien recibí
la existencia y el semblante;
tú, cuya sangre espumante
agolparse siento aqui;
por los rasgos de esta tez,
por la vida que me diste,
y el amor que me tuviste,
si me amaste alguna vez,
yo te lo suplico, yo...
dí que esa gente mentía,
mentía cuando decía
lo que Anselmo repitió!
(Movimiento de arrojo.)
¿Por qué el infame destello (Con nuevo arranque.)
de aquellas piedras alumbra
la púrisima penumbra
de aquel nacarado cuello?

CARLOS. Ya mi paciencia está llena...
ya os sufrí por harto espacio...

JUAN. ¿Por qué ofreciste un palacio
y brillantes á mi Elena?

CARLOS. Basta... me vais á explicar...

TER. ¿Tú sabes lo que dijeron
las gentes que aquí estuvieron
de aquel hermoso collar?

CARLOS. ¡No lo sé, mas dílo tú
que ya la copa rebosa!
(Doña Teresa le habla a oido, señalando á Elena.)
¡Idea infame, espantosa.
Idea de Belcebú!

TER. ¡Pronto, Cárlos!

ALF. Por piedad...

JUAN. Habla...

ALF. Padre...

CARLOS. (Ap.) (¡Pues ya escampa!
Como á lobo en una trampa
me cogieron; y en verdad,
que las apariencias son
terribles! La pierdo, sí. (Mirando á Elena.)
¿Por qué no ha de hablar en mí
una vez el corazon?)

JUAN. (Ap.) (Bien se dibuja el despecho
en su rostro altivo y duro.)

CARLOS. (Ap.) (¿Cómo salir de este apuro?...
Pues señor, á lo hecho pecho.)
Acércate.
(Dirigiéndose á Elena, que permanece á la derecha con Anselmo, cogiéndola de la mano y trayéndola á la izquierda.)

JUAN. ¿Para qué?
(Procurando separar á su hija de D. Cárlos.)

CARLOS. Ven y tus penas olvida,
¡único ser en la vida
acaso á quien respeté!
Que tesoros te he ofrecido;
que he forjado en el espacio
no sé qué rico palacio;
que este collar te he ceñido,
no lo niego.... es cierto... sí;
mas decidme, Juan, Alfredo,
¿á la *hija mia* no puedo
ofrecer lo que ofrecí?
(Movimiento de sorpresa en todos.)

ANS. (Al oido de D. Juan.)
(¿Qué nueva infamia prepara?)

JUAN. Elena no es hija tuya.

ALF. (Al oido de Doña Teresa.)
(¡Madre, la llama hija suya!)

ANS. (Al oido de D. Juan.)
(¡Mírale bien á la cara!)

CARLOS. (Á D. Juan.) ¿No comprendes, insensato?
(Á Alfredo.) ¿No comprendes todavía
por qué la llamo hija mia?
Porque es ya tu esposa, ingrato.
(Con explosion generosa, al ménos en la apariencia, y acercando Elena á Alfredo.)

ALF. ¡Padre del alma, perdon!

TER. ¡Perdon, Cárlos!

ELENA. (Abrazando á Doña Teresa.) ¡Madre amada!

ANS. (Ap. á D. Juan.)
(Repara bien su mirada.)

JUAN. Yo miro su corazon. (Rechazándole.)
(Los personajes quedan en el órden siguiente: Don

Cárlos en el centro, triunfante, satisfecho, mirando á todos con sonrisa bondadosa. Á su alrededor Doña Teresa, Elena, Alfredo y Juan mostrando sorpresa y alegría. Anselmo aparte mirándoles con enojo é ironía.)

ESCENA XI.

D. CARLOS, DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO, D. JUAN, ANSELMO, D. RAMON y ALVARADO.

Los dos últimos por la puerta del fondo: vienen profundamente agitados y D. Ramon trae una carta en la mano. Los personajes quedan en el órden siguiente. Alfredo y Teresa á la izquierda. Elena, D. Juan y Anselmo á la derecha: entre ambos grupos, que deberán estar á alguna distancia uno de otro, D. Cárlos, Alvarado y D. Ramon. Estos tres últimos más retirados hácia el fondo que los demás personajes.

RAMON. ¡Cárlos, yo lo predecía...
mira esta carta!
CARLOS. (Leyendo con afan.) ¡Se niega!
RAMON. Al fin Urrutia nos pega
un chasco. Me lo decía
el corazon.
CARLOS. ¡Cien millones!
RAMON. ¡Mañana el pago!
ALF. (Á Doña Teresa.) ¿Qué están
diciendo?
TER. No sé.
CARLOS. ¡Serán,
si hacen tal, unos bribones!
ALV. ¡No hay conciencia ni honradez!
RAMON. ¡Es ya gente sin pudor!
CARLOS. ¡Al ver esto de rubor
se me enciende á mí la tez!
ALV. No tema usted; yo respondo
de todo este nuevo plazo.
Nos une un sagrado lazo.
¡Por aquel diablillo blondo...
por mi Lola ¿qué no haría!
No digo yo mi dinero,

aunque en verdad bien le quiero,
¡toda mi sangre daría!
Alfredo... venga esa mano...
(Dirigiéndose con Ramon á la izquierda. D. Cárlos viene al centro. Los personajes quedan en el órden siguiente empezando por la izquierda: Ramon, Alvarado, Alfredo, Teresa, Cárlos, Juan, Elena, Anselmo.)

CARLOS. (Mirando receloso á su alrededor.)
(Demos un corte ahora mismo
ó se nos abre un abismo.)
Perdemos el tiempo en vano,
don Luis.

ALV. Ya lo sabe Lola
y su ventura es inmensa.

ALF. (Á Doña Teresa.)
¿Pero Alvarado, qué piensa?

CARLOS. ¡Don Luis!
(Impaciente, agitado y observando con recelo á todos.)

ALV. En una amapola
trocaron su rostro hermoso
el rubor y la alegría,
cuando le dije: «hija mia,
Alfredo será tu esposo.»
(Movimiento de asombro en los demas personajes y de alegria en Anselmo. D. Cárlos hace un gesto de ira; pero al punto se domina.)

ELENA. (Ap. á D. Juan con angustia.)
(¿Qué dice ese hombre?)

ANS. (Ap. á D. Juan en tono de triunfo.)
(¿Lo ves?)

ELENA. ¡Padre!

ALF. ¡Imposible!

JUAN. ¡Señor!

ELENA. ¡Ay de mí!

CARLOS. (Mirando con enojo á Alvarado.)
(Viejo hablador.)
(Ap. á D. Juan.)
(Yo te explicaré despues...
te extraña porque no sabes...)

ER . (Ap. á D. Cárlos.)

(Tú mismo... tú... nos decías.

CARLOS. (Déjate de niñerías;
se trata de asuntos graves.)
(Separa á Teresa con la mano é intenta marcharse.)

JUAN. (Cerrándole el paso con ademan resuelto.)
(¿Á dónde va usted, señor?)

TER. (Saliéndole al encuentro de nuevo.)
(¡Cárlos!)
(Otra vez intenta escapar, pero Alfredo se lo impide, y Doña Teresa, D. Juan y Alfredo le rodean.)

ALF. (¡Padre!)

CARLOS. (Ap.) (No reposan;
como á una fiera me acosan!)

TER. (¿Y tu palabra?)

JUAN. (¡Y mi honor!)

CARLOS. (¡Corro mi fortuna entera (Á Juan.
de entre ruinas á salvar;
puede tu honor esperar,
y en negocios no hay espera!
Tú sabrás la verdad toda.)

JUAN. (Ap.) (Sospecho que la sé ya.)
(Los personajes, en esta última parte de la escena, han estado del modo siguiente: Doña Teresa, Alfredo y D. Juan, rodeando á D. Cárlos. Alvarado y D. Ramon á la izquierda. Anselmo y Elena, á la derecha.)

ALV. (Como despedida á Alfredo.)
La boda pronto será...

ALF. Sólo un instante...
(Alvarado se detiene y retrocede acercándose á Alfredo.)
Mi boda,
es cierto, está decidida,
y ese collar soberano
(Extendiendo el brazo hácia Elena. D. Cárlos se aproxima con ansiedad.)
es presente de mi mano
á mi bella prometida.

ELENA. (¡Habló al fin su corazon!)

CARLOS. (Si les dejo ¡Dios clemente!
entre uno y otro demente

me arruinan sin compasion.)
(Dirigiéndose á Alvarado.)
Quise el efecto observar
de ese reflejo acerado
sobre un cútis nacarado...
y ceñí á Elena el collar.
(¡Silencio!) (Ap. á Alfredo.)

ALF. (¡Padre!)

CARLOS. (Id.) (Por mí.)

TER. (¡Cárlos!)

CARLOS. (Ap. á Doña Teresa y Alfredo.)
(¡Me vais á arruinar!)

ELENA. (Á D. Juan.) ¡Pero es aquesto soñar!

ANS. (Ap.) ¡Sufre que le burle así!) (Pausa.)

JUAN. Aunque Elena es pura y bella,
joya de tanto, de tanto valor,
hace ya sobrado honor
á tan humilde doncella; (Le quita el collar.)
justo es que vuelva á su dueño.
Mas trajeron á la caja
al entregar esa alhaja...
la factura...
(Rie irónicamente: se detiene algunos momentos: busca en los bolsillos y saca de ellos un papel.)
Y con empeño
me rogaron que la diese
á quien la joya encargó.

CARLOS. ¡Dámela!

JUAN. ¿Don Cárlos? (Retirando el papel.)
No:
la factura es para ese. (Señalando á Alfredo.)
(Se adelanta y entrega el collar y el papel á Alfredo.)

RAMON. (Á Alvarado señalando á D. Juan.)
(¡Es un hombre singular!)

ALV. (¡Modelo de exactitud!) (Á D. Ramon.)

RAMON. (¡No comprendo la virtud (Á Alvarado.)
en quien no sabe sumar!)

ALF. (¡Qué es esto, Dios santo!) (Ap., leyendo.)
(D. Cárlos quiere acercarse á Alfredo, D. Juan, que al entregar el papel y el collar quedó entre D. Cárlos y Alfredo, impide este movimiento.)

CARLOS. (Queriendo separar á D. Juan.)
¡Aparta!
JUAN. (Á D. Cárlos.) ¡Mucho la joya te cuesta!
CARLOS. ¿Pero qué factura es esta? (Á D. Juan.)
JUAN. (¡Es de mi Ernesto la carta!)
CARLOS. (¡Juan!)
JUAN. (Á D. Cárlos.) (¡Mis golpes, vive Dios,
que al corazon los dirijo!)
CARLOS. (¡Miserable!)
JUAN. (¡Hijo por hijo!...
Digo mal... ¡que perdí dos!)
CARLOS. ¡Tu mente en vano se exalta!...
(Á Alfredo, acercándose á él con profunda ansiedad: éste deja caer los brazos, mira á su padre con angustia y retrocede: D. Cárlos le sigue y le habla en voz baja.)
ALV. Don Cárlos...
(Llamándole desde el segundo término y hablando con D. Ramon.)
CARLOS. (Á Alvarado.) Voy al instante.
ALV. Parece que está anhelante. (Á Ramon.)
CARLOS. (Algo decirte me falta...) (Á Alfredo.)
ALF. (Ocultando el rostro entre las manos y separándose con horror de su padre.)
(Le falta á usted corazon
y le falta á usted conciencia.)
CARLOS. ¡Y á tí te sobra insolencia!
(Doña Teresa se interpone entre el padre y el hijo: D. Juan se acerca á D. Cárlos con terrible expresion de gozo: D. Ramon y Alvarado se detienen en el fondo y observan con curiosidad: Anselmo habla en voz baja á Elena y extiende el brazo hácia D. Cárlos. Éste hace un movimiento de desesperacion y despues se dirige á Juan.)
¡Me heriste sin compasion!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS, D. RAMON.

RAMON. Ya te dije que el negocio
era muy aventurado.
CARLOS. Van ya tres plazos vencidos
y van pagados tres plazos,
¿por qué perder la esperanza?
RAMON. Te falta cubrir el cuarto,
y ya el término concluye,
y aún estamos esperando
el telégrama de Roshtchild.
CORLOS. Pues vendrá.
RAMON. Me asombra, Cárlos,
tu seguridad pasmosa
y tu arrojo temerario.
¿Ya no te acuerdas de Urrutia?
¡Qué momentos tan amargos!
CARLOS. Tú exageras: no es posible
dos veces el mismo chasco.
RAMON. ¡No es posible!
CARLOS. Estás sombrio.
RAMON. Como el tiempo, amigo Cárlos. (Pausa.)

(Se acerca D. Ramon al balcon y contempla el cielo. D. Cárlos se deja caer en el sofá. La escena débilmente iluminada.)

Va concluyendo la tarde
y avanza un negro nublado. (Pausa.)
Así roba á la conciencia,
como crespon funerario,
el mal sus divinas luces
y su azul inmaculado.

CARLOS. (Incorporándose poco á poco á medida que habla D. Ramon y oyéndole con asombro.)

¡Magnífico, portentoso!
¡Piramidal, soberano!
¡Estupendo moralista!
¡Sentimental entusiasmo!
No hay salvacion para mí:
¡todos!... en mi casa santos.
Mi mujer, santa mujer
por todos cuatro costados.
Alfredo, digno aspirante
á un puesto en el calendario.
Elena, vírgen y mártir:
tres entre santas y santos.
Hasta aquí nada me admira,
¡pero tú de mis pecados
cómplice y encubridor!
¡Herejote, bribonazo!
¡Perseguidor de las honras
y de las conciencias gancho!
¡Alma de carbon de piedra
y corazon de basalto!
¡Explícame cuál portento,
más que portento milagro,
trocó al Saulo de las almas
en un apóstol san Pablo;
cuál conversion...

RAMON. ¡Conversiones!
eres por Cristo bien cándido.
En el siglo en que vivimos,
y en el globo que habitamos,
sólo verás conversiones...
militares; ó en los altos

círculos de la política,
ó en la deuda del Estado;
pero en las conciencias nunca;
pero en las almas... ¡ay, Cárlos!
no busques ya conversiones
cual la conversion de Pablo.

CARLOS. ¿Conque no eres virtuoso?
¡ah, qué peso me has quitado!

RAMON. ¡Cárlos.., Cárlos...! la verdad...
bromas aparte dejando...
¡una catástrofe temo!

CARLOS. Todo está bien combinado:
el telégrama vendrá.

RAMON. Dos horas tienes y cuarto
de término.

CARLOS. ¿Qué me importa?

RAMON. Y aún algo ménos, que atraso.
(Mirando el reloj.)

CARLOS. Te empeñas en alarmarme.
Son infalibles mis cálculos.

RAMON. No todos son infalibles,
porque en casa fracasaron.

CARLOS. Calla, que tales asuntos
mejor están olvidados.

RAMON. Ya Juan de su recaida
salió bien. ¿Y al fin y al cabo
se marcha?

CARLOS. (Pensativo.) Se marcha, sí:
¡con Elena, Ramon!

RAMON. ¿Cuándo?

CARLOS. No lo sé.

RAMON. Pues si rompiste
con el bueno de Alvarado...

CARLOS. Alfredo me hizo romper.

RAMON. Ya libre, díme, ¿qué obstáculo
puede haber para que Elena
y Alfredo con dulce lazo?...

CARLOS. (Con ira reconcentrada.)
El obstáculo soy yo,
porque yo sufrí el agravio.
Á quien de Alfredo me quita
el cariño; al insensato

que me escarnece y me ultaja...
¿he de tenderle mis brazos?
Ni áun queriendo yo quisiera,
(Señalando hácia adentro.)
que es muy soberbio ese anciano.

RAMON. ¿Y Elena?

CARLOS. Basta, Ramon,
que con mil ánsias batallo.
¡Pobre niña!... De este asunto
no hablemos. . quiero olvidarlo.

RAMON. ¿Y tu mujer?... ¿Y tu hijo?

CARLOS. Llorosos, tristes y pálidos
vagan por esos salones
como espectros funerarios.
No se me acercan jamás...
¡Soy un monstruo!... ¡Soy el diablo!
De Alfredo, Elena y Teresa
este es el último fallo.

RAMON. Pues de boca en boca corre
con horribles comentarios
el cuento de tus amores
con Elena.

CARLOS. Bien empleado
me está por haber seguido
los consejos de este sandio.
(Golpeándose el pecho.)

RAMON. ¿Quién es éste?

CARLOS. El corazon;
él me metió en el mal paso.

RAMON. Ese drama de familia
mucho te ha perjudicado.

CARLOS. ¡Bah!

RAMON. ¿Te ries?

CARLOS. Sí.

RAMON. ¿Por qué?

CARLOS. ¡Conozco á los hombres tanto!
si soy débil, son mis jueces;
si soy fuerte, mis esclavos.
El negocio me preocupa,
no de Madrid el escándalo.
La impaciencia me devora.

RAMON. ¿Y aquellos seguros cálculos?

CARLOS. Seguros son. Sé que venzo;
mas no me basta: en mis manos
quiero la prueba tener:
el despacho telegráfico.
«Puedes girar sobre Lóndres:»
estas palabras aguardo,
y las palabras no llegan,
y de impaciencia me abraso. (Pausa.)
Voy á mandar á Felipe
al telégrafo.
(Se dirige á la puerta de la derecha primer término.)

ESCENA II.

D. CÁRLOS, D. RAMON, BANQUEROS 1.°, 2.° y 3.° Los tres últimos aparecen en la puerta del despacho de D. Cárlos, y en la misma puerta se detienen todos.

BANQ. 1.° Don Cárlos...
CARLOS. ¿Ya me dejan?
BANQ. 2.° Los amigos
con impaciencia esperando
estarán.
BANQ. 3.° ¿Nada se sabe?...
CARLOS. (Afectando indiferencia.)
Qué importa...
BANQ. 2.° (Con cierta sorna.) ¿Y ese despacho
telegráfico no llega?
CARLOS. Llegará. (Con seguridad.)
BANQ. 3.° Quién duda.
BANQ. 2.° Claro.
Cuando usted lo afirma...
BANQ. 1.° Cierto.
CARLOS. Señores,.. (Sale por la derecha primer término.)
BANQ. 2.° ¡Qué cara!
BANQ. 1.° Vamos,
finge, pero miedo tiene.
BANQ. 3.° Hombre al fin.
BANQ. 2.° Es decir, barro.

ESCENA III.

Los BANQUEROS; despues ALFREDO.

BANQ. 3.° Es un negocio perdido.
Lo dije: no cubrirá
el empréstito.
BANQ. 2.° Imposible.
Pero Cárlos tiene tal
idea de su talento,
que para nada jamás
consulta con sus amigos.
BANQ. 1.° ¡Don Cárlos!...
BANQ. 2.° Lástima da
la reputacion que usurpa.
BANQ. 3.° Él es un loco de atar.
BANQ. 2.° Mucho arrojo, mucho orgullo.
BANQ. 3.° Mucha suerte y nada más.
BANQ. 2.° No hay cálculo...
BANQ. 1.° No hay aplomo.
BANQ. 2.° ¡En fin, un hombre vulgar!
BANQ. 1.° Todo lo pierde: su ruina
es completa.
BANQ. 3.° Colosal.
BANQ. 2.° Señores, bien empleado.
Aquí debemos hablar
en confianza; Cárlos era
un insulto á la moral.
BANQ. 1.° Está Madrid indignado;
qué materialismo tan...
Se acerca Alfredo: silencio.
BANQ. 2.° ¡Qué palidez!
BANQ. 3.° ¡Qué mirar!
BANQ. 1.° ¡Pobre mozo! ¡Me da pena!
BANQ. 2.° (Ap. á los otros dos.)
Conque es decir que el Títan
se hundió para siempre.
TODOS. (Amen.)
BANQ. 3.° (Y que mañana será,
si el diablo no le protege,
pobre de solemnidad.)

BANQ. 1.° Adios, Alfredo...
ALF. Señores...
BANQ. 2.° Esta casa ruina es ya. (Vánse.)

ESCENA IV.

ALFREDO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿qué batalla fiera y ruda
bajo mi frente sentí?
¿Aquesto se llama duda,
ó razon, ó frenesí?
Si se debe aborrecer
por su delito al malvado;
si al hombre que nos dió el ser,
porque vida nos ha dado,
es obligacion querer,
pregunta mi desvarío...
¿mas para qué preguntar?
¿para qué, destino impío?
¿puedo yo nunca olvidar
que es el padre... el padre mio?
¡Suponen en él traicion,
infamia, sangre y vileza!
«¡mentiras, mentiras son,»
grita la naturaleza
con la voz del corazon.
¡Calla, calla, pensamiento,
que me horroriza escucharte!
Calla... ¿no ves que ya siento,
porque no consigo ahogarte,
terrible remordimiento?
Mas dice voz de dolor
que dentro mi pecho suena,
¿quién arrojó el deshonor
sobre la frente de Elena,
de Elena, que era mi amor?
Y de nuevo la batalla
como nunca fiera y ruda,
dentro de mi pecho estalla
y se agiganta la duda;

¿y el corazon, por qué calla?

ESCENA V.

ALFREDO, ELENA, ésta por la izquierda.

ELENA. ¡Alfredo!
ALF. ¡Elena! ¿Por qué
brilla en tus ojos el llanto?
ELENA. Partimos. (Llorando.)
ALF. ¿Partir? ¡Dios santo!
ELENA. Ahora mismo... ¡Yo dejé
á mi padre!...
ALF. ¡Suerte fiera!
ELENA. Con Teresa. Sí... los dos
lloraban... Alfredo, adios...
adios por la vez postrera.
ALF. ¿Tal ingratitud merezco?
¿Nada en mi dolor consigo?
ELENA. Él es mi padre y le sigo,
es mi padre y le obedezco.
ALF. Con acento engañador
y fingiendo pasion loca,
palabras halló tu boca
y juramentos de amor.
Y en tu cariño creí
y en tu fuego me abrasé.
¡Elena, por qué te amé
ó por qué te conocí!
ELENA. ¿De mi amor dudas?
ALF. ¡Dudar!...
ELENA. ¿Y mi angustia no comprendes?
ALF. ¡Tan sólo sé que me vendes
ó que no sabes amar!
¡Por el ser á quien se adora
todo en el mundo se olvida!
ELENA. ¡Eres, Alfredo, mi vida!
ALF. ¡Pero me dejas, traidora!
ELENA. ¡Basta ya, por compasion!
¿Nada mi dolor alcanza?
ALF. ¡Si me quitas la esperanza
arráncame el corazon!

ELENA. ¡Dios del cielo! ¡Dios clemente!
¿No ves que me vuelvo loca!
ALF. Eso lo dice tu boca,
mas tu pecho no lo siente.
ELENA. Mi padre lo ordena impío,
y aunque la pena me mata...
ALF. ¿Y por tu cariño, ingrata,
qué hice yo del padre mio?
ELENA. Bien comprendo tu dolor,
que es dolor que estoy sintiendo,
pero lo que no comprendo
es, Alfredo, tu rigor.
¡Dios mio! ¿qué debo hacer?
¡Sólo acierto á suplicar!
mis ojos saben llorar
y mi corazon querer;
pero resistir no puedo
al ruego del pobre anciano.
ALF. Mi padre me rogó en vano.
ELENA. ¡Basta, cruel!
ALF. ¡Elena!
ELENA. ¡Alfredo!...
¿Por qué me llamas traidora?
¿por qué me llamas perjura?
¿por qué olvidas la ternura
de la que tanto te adora?
Si yo la causa no fuí
de tu mal, ni de tu llanto,
¿de nuestro mútuo quebranto
por qué me culpas á mí?
ALF. Ni sé si culpe á mi suerte,
ni sé si deba culparte;
sé que intentas alejarte,
sé que no quiero perderte:
y en esta lucha, á mi ver,
distinto es nuestro dolor:
yo sufro por el amor,
tú sufres por el deber.
De virtud tienes la palma;
yo soy un pobre demente,
pero un demente que siente
inmenso amor en el alma.

Y bien claro aquí se vé
que perjura me engañaste,
que nunca, Elena, me amaste
con el amor que te amé.

ELENA. ¡No dudes, no, por piedad,
que tu duda me enloquece,
y siento que se estremece,
vencida la voluntad!

ALF. Un desengaño profundo
de dolor mi pecho llena,
¡sólo tu cariño, Elena,
me queda ya en este mundo!

ELENA. Calla... Yo debo partir...
mi padre desventurado...

ALF. Vete... ¡Sólo, abandonado...
quedo bien para morir!

ESCENA VI.

ELENA, ALFREDO, DOÑA TERESA, D. JUAN.

Los dos últimos salen por la izquierda, y se aproximan lentamente á Elena y á Alfredo, sin que estos lo noten.

ELENA. ¡Jesús!

ALF. Tu virtud acato:
á tu conciencia severa,
que yo viva ó que yo muera,
¿qué le importa?

ELENA. ¡Calla, ingrato!
¡No más, Alfredo, no más!
Habla, te obedeceré...

ALF. ¡Mi esposa! (Atrayéndola á sí.)

ELENA. Pues bien, seré
tu esposa!...

ALF. ¡Elena!...

JUAN. (Separándoles.) Jamás. (Pausa.)

TER. La voz de un padre es sagrada.
¡Valor y resignacion!

ALF. ¡Madre, madre... mi razon
se enloquece!

ELENA. (Suplicándola.) ¡Madre amada!

VLF. ¡Y la matas de ese modo! (Á D. Juan.)
JUAN. Será lo que deba ser.
ALF. Su ventura...
TER. Su deber,
Alfredo, es ántes que todo. (Pausa.)
(Elena se arroja en 'os brazos de Doña Teresa.)
En mí tu frente reclina. (Á Elena.)
ELENA. (Al oido de Doña Teresa.)
(¡Sin él no puedo vivir!)
ALF. Imposible resistir (Con profunda desesperacion.)
la pasion que me domina!
TER. Es libre la humana grey,
y al que tiene libertad
nunca la fatalidad
se impone, Alfredo, por ley.
Esto me dijiste...
ALF. ¡Madre!
TER. (Ap. á Alfredo con voz severa y triste.)
(¡Cuando con terca insistencia
lanzaste fiera sentencia
sobre tu mísero padre!
Hasta el borde del abismo
voluntad de hierro exiges
en los demas, y transiges
con tu cobarde egoismo.
¡Y te atreves á acusar
y no sabes resistir!
¡Tan débil para sufrir,
tan fuerte para juzgar!)
ELENA. ¡Padre... padre... no me escuchas!
ALF. ¡Por ella! (Suplicando á D. Juan.)
ELENA. ¿No me oyes, padre?
TER. ¡Elena!...
ELENA. ¡Ayúdame, madre!
JUAN. (Queriendo llevarse á Elena.)
¡Vamos... basta ya de luchas! (Pausa.)
Hoy... tu amor. . es imposible: (Á Alfredo.)
entre Elena y tu pasion
hay un crímen... y un borron...
No soy, Alfredo, insensible...
pero...
TER. ¿Por qué atormentarlos

y dar pábulo á tu pena?

JUAN. Tal vez te daré mi Elena...
cuando... ¡no exista don Cárlos!

TER. ¡Anciano, deliras! (Á D. Juan.)

ELENA. ¡Padre!

JUAN. Ven, Elena, espera el coche...
¿Lo ves? ya cierra la noche.

TER. ¡Elena!... (Tendiéndole los brazos.)

ALF. ¡Imposible!

ELENA. (Precipitándose en ellos.) ¡Madre!...

TER. ¡Venid!... sobre el corazon
(Abraza á Elena y Alfredo á la vez.)
llorad, hijos de mi vida,
esta horrible despedida,
esta cruel separacion!

ALF. ¡Elena! Elena!

ELENA. (Á Alfredo.) ¿Sin tí,
qué será de mi existencia!

TER. ¡Confiad en la Providencia!

ELENA. ¡Ya no hay dicha para mí!

TER. La dicha no es el placer,
no es la pasion desbordada;
es el alma inmaculada,
es cumplir con el deber.
No hay dichas en este suelo
sin una conciencia pura;
no hay, Elena, más ventura
que la que baja del cielo.
Ya lo veis... á mí... el dolor
me está... mordiendo... en el alma...
sin embargo... tengo calma...
estoy serena... El Señor
me da fuerzas, y jamás...
una lágrima... el quebranto
de mi pecho... ¡No: Dios santo,
no puedo, no puedo más!
(Sin poder contenerse rompe á llorar y los abraza de nuevo. Pausa.)

JUAN. (¡Pobre mujer! Me traspasa
el corazon su quebranto!
¡Yo no resisto á su llanto
si no salgo de esta casa!)

ESCENA VII.

DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO, D. JUAN, D. CÁRLOS, D. RAMON. Estos dos últimos en la puerta de la derecha primer término.

CARLOS. Imposible es ya esperar
por más tiempo.
RAMON. Pero escucha;
Felipe no ha vuelto.
CARLOS. ¡Es mucha
tu calma! Vas á tomar
el coche y á la estacion
telegráfica.
RAMON. Ya cedo...
sin embargo...
CARLOS. ¡Tengo miedo;
sí, tengo miedo, Ramon! (Al oido.)
Vete pronto.
RAMON. Mira allí...
¡qué figuras tan sombrías!
CARLOS. Déjate de niñerías...
corre... vuela... espero aquí.
(Sale Ramon por la puerta de las oficinas.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos RAMON.

Doña Teresa, Elena, Alfredo y D. Juan, siempre en primer término. D. Cárlos, en la puerta de su despacho, medio oculto por los cortinajes.

CARLOS. (Ap.) (¡Una romántica escena!)
JUAN. Cuando tu padre no exista
hácia mí vuelve la vista...
y será tuya mi Elena.
(D. Cárlos hace un movimiento, pero se detiene y ahoga una terrible exclamacion.)
JUAN. ¡Ven, hija!
TER. ¡Mi pecho estalla!
ELENA. ¡Madre!

TER. (Abrazándola.) ¡Elena!
(Abrazando á su hijo.) Sí, los dos...
¡Por última vez!
ELENA. ¡Adios!

ESCENA IX.

DOÑA TERESA, ALFREDO, D. CÁRLOS.

Elena se arranca de los brazos de Doña Teresa y sale con su padre por el fondo. Alfredo se precipita tras ella, su madre le contiene: D. Cárlos siempre observando desde la puerta de su despacho.

ALF. ¡¡Hasta que mi padre!!...
TER. ¡¡Calla!!
ALF. ¡Es mi pensamiento fuego!
TER. (Con acento y ademan trágicos.)
¡Si no consigues ahogarlo,
mátate para matarlo!
¡¡Yo, tu madre... te lo ruego!!
(Alfredo cae de rodillas á los piés de Doña Teresa y oculta el rostro entre las manos. Detrás de Alfredo, contemplándole, de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho, D. Cárlos. Pausa. Doña Teresa levanta la vista, ve á su esposo y da un grito.)
TER. ¡Cárlos!
ALF. ¡Padre!
(Vuelva la cabeza sin levantarse.)
CARLOS. (Á Alfredo.) ¡Yo te oí!
TER. ¡Por el ángel de mi guarda!
(Alfredo intenta levantarse. D. Cárlos le pone una mano en el hombro y le obliga á continuar de rodillas.)
CARLOS. (Con ira reconcentrada.)
¡No te levantes!... ¡aguarda!
¡de rodillas!... ¡sigue así!
que está muy puesto en razon
si has de contar de mi vida
los instantes... ¡parricida,
parricida de intencion!

que los cuentes de tal suerte
y en tan humilde postura,
que al llegar por mi ventura
el momento de mi muerte,
de tanto esperarla así,
esté ya cansado y frio
¡ese cuerpo que fué mio (Con voz terrible.)
y en hora infame te dí!

ALF. (Humillándose aún más.)
¡Perdon!
(Pausa. Doña Teresa en ademan suplicante ante D. Cárlos.)

CARLOS. En vano me imploras...
Porque ya estás perdonado.
(Hace un esfuerzo terrible para recobrar su calma: se domina al fin y dice con forzada sonrisa y acento glacial los dos últimos versos. Despues se separa de su hijo y va al balcon.)

ALF. ¡Padre!... (Con voz ahogada y siguiéndole.)

TER. ¡Cárlos!...
(D. Cárlos se separa del balcon: Doña Teresa y Alfredo se acercan á D. Cárlos.)
(Mirándole de cerca.) ¡Cárlos!... ¡lloras!

CARLOS. ¡Lágrimas!... (Llevándose la mano á la cara.)
¡fuera mancilla!
¡No estais viendo que diluvia!
¡Gotas tal vez de esa lluvia
saltaron á mi mejilla!
Pero si lágrimas son,
si es llanto lo que he vertido,
creed que el único ha sido
que había en mi corazon.

TER. ¿Por qué en negarlo te afanas?

CARLOS. Bien... pues basta... no discuto:
preciso es pagar tributo
á las flaquezas humanas.
(Alfredo se acerca á D. Cárlos con los brazos abiertos: D. Cárlos retrocede y le señala la puerta.)
Sal de mi casa.

ALF. ¡Por Dios!

CARLOS. Nunca más te vuelva á ver...
(Doña Teresa se aproxima con ademan suplicante.)

No es castigo, es que ha de ser,
(Con disgusto y cansancio.)
porque conviene á los dos.
(Á Alfredo con voz fria y pausada.)
Si de mi casa las puertas
se cerraron para tí,
en cambio tienes allí
las de mis arcas abiertas.
Ya ves que no es ruin venganza.
(Movimiento de Doña Teresa y de Alfredo, que D. Cárlos contiene con un ademan altivo y cortés.)
Permite, Alfredo, que insista.
No quiero... no... que consista
en mi muerte tu esperanza.

ALF. ¡Padre del alma, perdon!
(D. Cárlos le rechaza suavemente.)

TER. ¡Cárlos... mi Cárlos... piedad!

CARLOS. (Como hablando consigo mismo.)
Es una debilidad...
es una preocupacion.

ALF. ¡Padre!...

CARLOS. Un poco de paciencia
y dejadme concluir.
¿Te quieres á Elena unir?
yo te concedo licencia.

ALF. ¡Tu mano! (D. Cárlos la retira.)

CARLOS. Escúchame atento.

ALF. ¡Tu pecho!

CARLOS. (Rechazándole.) Inútil afan.
Busca á ese loco de Juan:
pide su consentimiento:
explícale que es impía
su resolucion, y al cabo
como es bueno, y no le alabo,
le vencerá tu porfía.

ALF. ¡No sé qué decir! ¡Ay Dios!

CARLOS. Inútil; no digas nada.
Y tú, mujer desdichada,
escoge uno entre los dos.

ALF. ¡Compasion!

CARLOS. No puede ser.

TER. Eres, Cárlos, implacable.

CARLOS. Es mandato irrevocable.
Tú partir. (Á Alfredo.)
Y tú escoger. (Á Doña Teresa.)
(Doña Teresa está colocada entre D. Cárlos y Alfredo, yendo alternativamente de uno á otro.)
TER. (Ap. á Alfredo.)
(¡Me espanta su calma fiera:
abandonarle no puedo;
juré en el altar, Alfredo,
ser su eterna compañera!)
ALF. (¡Si le prefieres á mí
y cumpliendo tu deber!...)
TER. (Con desesperacion.)
(¡Qué daño te pude hacer
para atormentarme así!)
ALF. (¡Quiero que me sigas, madre;
secar tus lágrimas tristes!
¿Por qué llorosa resistes
á mi súplica?)
TER. (¡Y tu padre!)
ALF. (¡Llevas de mártir corona;
el dolor en tí se ceba!)
TER. (¡Abandona una manceba,
una esposa no abandona!)
(Alfredo inclina la cabeza dominado por las palabras de su madre.)
(¿Quién velará por él, quién?) (Á D. Cárlos.)
CARLOS. Idos los dos: nada exijo.
TER. ¡Él es tu padre! (Á Alfredo.)
Es mi hijo. (Á D. Cárlos.)
CARLOS. Sólo y en paz quedo bien.
ALF. ¡Adios, madre!
TER. ¡Mi consuelo!...
¡hijo!
ALF. ¡Madre!... ya vencí!
TER. ¡Es imposible!... ¡ay de mí!
ALF. ¡Para siempre!...
(Intenta Alfredo alejarse: Doña Teresa le detiene.)
TER. ¡Dios del cielo!
¡Escoger entre los dos!
ALF. ¡Y tú me abandonas, madre!
TER. ¡Hijo del alma!

ALF. Adios, padre...

(Se acerca á D. Cárlos; éste le rechaza.)

CARLOS. Vete.

TER. ¡Alfredo! (Abrazando á su hijo.)

ALF. ¡Padre!

CARLOS. ¡Adios!

(Salen Alfredo y Doña Teresa por el fondo.)

ESCENA X.

CÁRLOS.

Es ya de noche y sólo hay una débil claridad cerca del balcon: de cuando en cuando se oye el viento y luce un relámpago.

Le seguirá ¿quién lo duda?
Me desprecia y él la llama
y amor maternal la inflama...
era la prueba muy ruda
¿Quién vacila en escoger
si persuade la pasion?
¿Desde cuándo el corazon
no corre tras el placer?
¿Qué piedras no rodarán?
¿Qué materia no gravita?
¿Qué hierro no precipita
su centro sobre el iman?
(Pausa. Se deja caer abatido en la butaca que está junto á la mesa.)
Voy á morirme de tedio...
¡La costumbre de vivir
juntos!... ¿Cómo resistir
la soledad?... No hay remedio. (Pausa.)
Qué fatigosa inquietud...
¡Por ellos?... ¡Cosa más rara!
¡Y Teresa!... ¿Quién pensára?
¡Y Alfredo!... ¡Qué ingratitud!
¡Ay cuán grande desaliento!
Avanza la oscuridad,
y sopla de tempestad
desencadenado el viento. (Pausa.

¡Qué tristeza!... ¡Tengo frio!
¡Y cómo tarda Ramon!
¡Se me oprime el corazon!
¡Siento anulador vacío! (Pausa.)
¿Será miedo!... ¡Es singular!
¡Allá entre las nubes arde
el relámpago!... ¡Cobarde...
pienso que voy á llorar!
¡Alfredo!... ¡Yo le quería
y me abandona el ingrato!
(Coge un álbum de la mesa y busca con afan.)
Sí, debe estar... ¡su retrato!
(Brilla un relámpago.)
¡Cómo se me parecía! (Id.)
(Contempla con cariño el retrato de su hijo: mira á su alrededor: lo acerca á sus labios: lo aleja arrepentido: al fin lo besa apasionadamente.)

ESCENA XI.

D. CÁRLOS, D. RAMON, los tres BANQUEROS. Los cuatro últimos entran precipitadamente. D. Ramon trae un telégrama en la mano. D. Cárlos, al oir las primeras palabras, se levanta con violencia, dejando caer el álbum. La escena siempre á oscuras.

BANQ. 2.° ¡Triunfamos!
RAMON. ¡Cárlos, victoria!
CARLOS. ¡Habla pronto!
RAMON. ¡Vencedor
eres ya!
BANQ. 3.° ¡Salud y honor!
BANQ. 1.° ¡Qué negocio!
BANQ. 2.° ¡Cuánta gloria!
(Todos abrazan entusiasmados á D. Cárlos.)
CARLOS. (Á D. Ramon.)
Despacio, no te atolondres...
BANQ. 2.° (Cogiéndole la mano.)
¡Esta enhorabuena franca!
BANQ. 3.° ¡Salud al rey de la banca!
RAMON. (Mostrándole el telégrama en alto.)
¡Puedes girar sobre Lóndres!

(D. Cárlos le arrebata el telégrama y lo lee con afan mientras hablan los Banqueros entre sí.)

BANQ. 2.° ¡Señores, qué sangre fría!
BANQ. 3.° ¡Y qué tacto!
BANQ. 1.° ¡Y qué valor!
BANQ. 3.° ¡Es un hombre superior!
BANQ. 2.° Es el gran hombre del dia.
TODOS. ¡Admirable!
CARLOS. Sin jactancia:
era infalible mi plan.
BANQ. 3.° ¡Es mucho hombre!
BANQ. 2.° Ganas dan
de abrazarle.
BANQ. 3.° ¡Qué ganancia!
CARLOS. Esta misma noche, sí,
veré al ministro de Hacienda.
Toma. (Dándo el telégrama á Ramon.)
Anúnciame, y entienda
que cumplo lo que ofrecí.
BANQ. 3.° ¡Y la envidia torpe y vana
creyó al coloso vencer!
BANQ. 2.° Nos esperan: á más ver.
BANQ. 3.° ¡Ay de la Bolsa mañana!
BANQ. 1.° ¡Qué gran noticia llevamos!
BANQ. 2.° ¡Respeto y admiracion
al genio! (Inclinándose ante D. Cárlos.)
(Todos se despiden calurosamente.)
CARLOS. Por compasion...
(Con afectada modestia. D. Ramon se vuelve al marchar y abraza á D. Cárlos.)
¡Triunfamos, Ramon, triunfamos!
(Salen todos ménos D. Cárlos.)

ESCENA XII.

D. CÁRLOS, en pie y en actitud arrogante: la escena á oscuras: el relámpago ilumina fuertemente á D. Cárlos al final de cada décima bañando su rostro de luz cárdena.

Me quedé al fin sin familia;
¿qué importa? más libertad.
Ya me cansaba en verdad

tanta irresistible homilía:
en el sueño, en la vigilia,
siempre en mí los ojos fijos,
siempre disgustos prolijos,
¡siempre un eco acusador!
¡Fortuna, tú eres mi amor,
tú me darás otros hijos! (Pausa.)
¡Brille el sol, mi triunfo alumbre!
¡mi espíritu se reanima!
¡ya toco la ansiada cima,
del poder llego á la cumbre,
ya sobre mí no hay techumbre!
¡crezco y crezco colosal
y miro por ley fatal
á mis piés el mundo entero,
que es el moderno banquero
el nuevo señor feudal! (Nueva pausa.)
Legítimo señorío
en el trabajo fundado.
La edad media ha terminado:
yo soy el viejo judío,
y en mi nuevo poderío,
—si me hicieron vestir hopa,—
su púrpura ¡régia ropa!
postrados ante mis arcas
han de empolvar los monarcas
de nuestra moderna Europa.
(De nuevo se detiene gozándose en su triunfo.)
En mi pensamiento ardiente
inmensa ambicion se encierra;
es mi pedestal la tierra;
toca en las nubes mi frente;
y en vano rayo candente
ilumina el negro cielo,
en vano desciende al suelo
y golpe de muerte amaga;
en mí su fuego se apaga,
¡que soy gigante de hielo!
(Rie con risa satánica.)
Quiero vivir y gozar
babilónicos placeres;
quiero divinas mujeres;

quiero soberbio eclipsar
las glorias de Baltasar,
y moderno semi-dios,
siempre del placer en pos
volar por el ancho mundo:
¡la muerte es sueño profundo,
el *oro* el único Dios!
(El relámpago le ilumina fuertemente. En el pensamiento del autor aquí se trueca el personaje real en el símbolo del materialismo triunfante.)

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, DOÑA TERESA.

Esta última entra pálida, trastornada, vacilante: se apoya en el quicio de la puerta, algunos momentos despues avanza sosteniéndose en los muebles para no caer.

CARLOS. ¡Teresa! (Sale á su encuentro y la sostiene.)
¡Y Alfredo!... ¡dí!
TER. Ha partido.
CARLOS. ¡Y no te vas!
TER. ¡Ya no le veré jamás!
CARLOS. ¿Y le abandonas por mí?
Responde, Teresa.
TER. Sí.
CARLOS. ¡Pero no comprendo yo!...
TER. ¡Con qué angustia me besó!
CARLOS. ¡Acaso, pobre mujer,
tan sólo por el deber?...
TER. ¡Hijo del alma!... partió!
CARLOS. Mira, Teresa, es locura,
y es bien extraña demencia,
que á escrúpulos de conciencia
sacrifiques tu ventura.
¡Te abrasa la calentura!
(Cogiéndole la mano con afan.)
TER. ¡Toma este papel funesto! (Le da una carta.)
Alfredo al partir...
CARLOS. ¿Qué es esto?
No alcanzo á ver... falta luz...

(Se acerca al balcon y brilla un relámpago.)
¡Por el Cristo de la cruz!
¡Al fin la carta de Ernesto! (Pausa.)
¡Olvidada la tenía!
¿y de tan antigua historia
quién conserva la memoria?
Pudo interesarme un dia, (Con frialdad.)
y es curioso todavía
conocer su pensamiento
en aquel triste momento.
«Padre del alma...» (Leyendo.)
(El viento le arrebata el papel de entre las manos y desaparece por el balcon.)
¡Qué diablo!...
¡lo arrancó como un venablo
una ráfaga de viento! (Pausa.)
Oscura la noche llega: (Mirando por el balcon.)
negras nubes amontona
y en tinieblas aprisiona
la luz que á los ojos niega.
Por la oscuridad ya ciega
mi vista no puede ver
donde el viento á su placer
la carta lleva...

TER. ¡Dios santo!
prenda de sangre y de llanto,
¿dónde irá?

CARLOS. (Encogiéndose de hombros y riendo.)
¡Pobre mujer!

TER. En ese papel ~~funesto,~~
~~que envuelto en oscura~~ nube
cual presagio fatal sube
al inmortal firmamento,
yo tu destino presiento,
y con sangre en lo infinito,
miro ya tu nombre escrito.
¡La impunidad no te halague,
no hay deuda que no se pague
y pagarás tu delito!
Como brazos colosales
del papel se apoderaron
nubes que luégo cruzaron

— que el viento
le arrancó y en

entre roncos vendavales
las regiones celestiales:
rojo el rayo en ellas brilla,
¡dobla, Cárlos, la rodilla,
y el torpe espíritu eleva:
¡la tempestad se lo lleva
á tu Dios... y eres arcilla!
(D. Cárlos en pie: arrodillada ante él Doña Teresa, cogiéndole las manos.)

CARLOS. (La levanta y la atrae á sí: la lleva al centro y la habla con expresion de cariño, despues de contemplarla algunos instantes.)
¡Único ser en la tierra
en quien hallé abnegacion!
¡Angelical corazon
que en esta tremenda guerra
jamás vacila ni yerra!
No sacrifiques tu vida
por mi ¡madre dolorida!...
Vete... (Rechazándola dulcemente.)
Mas si oyes que muero,
(Atrayéndola con arranque de cariño.)
¡ven, Teresa, llevar quiero
tu beso de despedida!

FIN DEL DRAMA.

EPÍLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA TERESA	Sra. Diez.
DON CÁRLOS	Sr. Vico.
ELENA	Sta. Mendoza Tenorio.
ALFREDO	Sr. Calvo.
DON JUAN	» Cepillo.
DON RAMON	» Romea (D. F.).
UN NIÑO	» Bueno.
UN CRIADO	» Moll.

Han transcurrido ocho años desde el momento en que terminó el drama.

EPÍLOGO.

La escena representa el salon lujoso pero grande, oscuro y sombrío de una quinta situada á la orilla del mar. En el fondo una puerta. Á la derecha del espectador un gran balcon. Á la izquierda, una puerta que conduce al dormitorio de D. Cárlos.

Á la derecha y cerca del balcon una mesa, y sobre ella papeles y un servicio para beber con copa de oro. Al lado de la mesa, una gran butaca de alto respaldo. Á la izquierda, otra butaca, ó un sofá, tambien de respaldo alto. Todos los muebles de color oscuro, así como los cortinajes.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS.

Ya viejo, enfermo, envuelto en una bata, con el cuerpo doblado hácia la izquierda y el oido atento como para oir ruidos que vengan del interior.

Ya no se oyen sus gemidos:
ya cesaron sus lamentos
¿Esa mujer quién será?
En vano de mis recuerdos
las tristes cenizas frias
voy con afan revolviendo,

Aquella frente fué tersa:
aquellos labios rieron;
pero debe haber pasado
desde entónces mucho tiempo!
¡Otra vez! (Aplicando el oido.)
No: son sin duda
del mar los lejanos ecos:
ó de la playa el oleaje:
ó los silbidos del viento.
Sin embargo... es voz humana...
(Escuchando con atencion.)
¡Es un grito lastimero!
Me acercaré...
(Se levanta con gran trabajo y marcha hácia la puerta, deteniéndose á cada instante.)
¡Vive Dios!
Quiero marchar... y no puedo...
Siempre... siempre esta fatiga.
Y me aseguraba el médico
que el aire puro del mar,
el reposo y el silencio
nuevas fuerzas me darían,
y nuevo temple á mis nervios.
¡Acertó mi buen doctor!
¡Acertó, viven los cielos!
¿La voluntad de qué sirve
si no la obedece el cuerpo?
(Llega aunque con dificultad á la puerta del fondo y apoyándose en el quicio aplica el oido con afan.)
¡Al fin!... Fué ilusion: ya nada
se escucha. Nada. Me alegro:
los gritos de esa infelíz
me erizaban el cabello
sin saber por qué. Y es terca:
que está demente yo pienso.
¡Ese afan en perseguirme
y sin saber con qué objeto!
Otro ensayo.
(Procurando volver, pero sin conseguir moverse.)
Volveré
solo á mi sillon... si puedo.
¡Es para darse al demonío

la impotencia en que me veo!
¡Ramon!... ¡Ramon!
(Agita la campanilla con furor.)
¡Vamos!... ¡Pronto!
¡Esto no es vida, es infierno!

ESCENA II.

D. CÁRLOS, D. RAMON por el fondo.

CARLOS. ¡Gracias á Dios que viniste!
¡me parece que era tiempo!
¡Hace ya veinte minutos
que eché la campana á vuelo!
No pude solo volver...
(D. Ramon le sostiene y lentamente vuelve á la butaca.)
RAMON. ¿Y á qué levantarte? Terco
eres por demas.
CARLOS. Creí
de esa mujer los lamentos
escuchar.
(Mirándole con aire de temerosa pregunta.)
RAMON. Pues ilusion
fué sin duda... porque ha muerto.
CARLOS. Esa infelíz pordiosera...
¿Dices que?...
RAMON. Sí.
CARLOS. ¿Qué remedio? (Pausa.)
Que la recojan... yo pago
los gastos... misa... y entierro.
RAMON. Órdenes he dado ya
y queda todo dispuesto.
¿Ves una ventana abierta?
(Señalando por el balcon.)
Pues en aquel aposento
de esa pobre vagabunda
depositarán el cuerpo.
CARLOS. ¿Estaba loca?
RAMON. No sé.
CARLOS. Ese su tenaz empeño
en seguirme y acusarme

de su desgracia...

RAMON. Yo creo
que la víctima ha de ser
de algun olvidado y viejo
amorío.

CARLOS. ¡Tuve tantos!
que la verdad, no me acuerdo.
¿Y no se sabe su nombre?

RAMON. Este medallon al cuello
se la encontró. (Dándole un medallon.)

CARLOS. Dame... espera...
(Lo toma; lo mira con atencion; se pasa la mano por la frente y se agita en su butaca.)
¡Memorias, acudid presto!...
¡Ella!
(Dando un grito y levantándose en el sillon para caer sin fuerzas.)

RAMON. ¿La conoces?

CARLOS. ¡Sí!
se agolpan á mi cerebro
tales ideas...
(Pausa. Le coge á D. Ramon por un brazo y le trae á sí hablándole en voz baja.)
¿Te acuerdas
de cierto collar funesto?

RAMON. ¡Basta!

CARLOS. ¿Sabes para quién
joya de tan alto precio
te mandé comprar?

RAMON. ¡María!

CARLOS. ¡Allí duerme en paz! Silencio.
(Extendiendo el brazo hácia el balcon. Pausa.)
¡Al fin cedió su virtud!...
¡Huyó de mi lado luégo!...
La perdí en el torbellino
de la vida... y hoy la encuentro.
Era niña: la arrojé
del vicio al piélago inmenso,
y á la playa me devuelven
las olas su helado cuerpo.
¡Ay, si se empeña ese mar
hoy en revolver sus senos

y en ir echando á la orilla
cuanto fuí lanzando en ellos!

RAMON. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡Basta! ¡Basta ya!...
¿Lo ves?... ¡Se crispan mis nervios!...
¡Y la fatiga me ahoga!...
¡Y ráfagas mil de fuego
van pasando ante mi vista
cual relámpagos siniestros!
¡Yo estoy malo?... ¿No es verdad?

RAMON. Que estás loco es lo que veo:
necesitas distraccion,
cariño... Dí, ¿no podemos
llamar á Teresa!

CARLOS. (Alarmado.) ¡Cómo!

RAMON. Tambien á Elena y á Alfredo...

CARLOS. (Incorporándose con horrible angustia y cogiendo con ansia á D. Ramon por un brazo.)
¿Conque ya voy á morir?

RAMON. ¡Qué disparate!

CARLOS. ¡Comprendo
la intencion! responde pronto...
ese extraño pensamiento,
¿el doctor te lo inspiró?
Habla... mírame...

RAMON. Volvemos
á los pasados delirios.

CARLOS. No es delirio: yo me muero;
tú mi amigo fuiste siempre.
¡Dí la verdad!... ¡sin rodeos!
Ya lo ves... estoy tranquilo...
(Procurando sonreir.)

RAMON. ¡Qué aprensivo! ¡Cuánto miedo!
Pues si esto dices ahora,
¿qué dirás llegando á viejo?

CARLOS. ¿No es de peligro mi mal?

RAMON. Ese mal, aunque molesto,
pasará. No hay que dudarlo.

CARLOS. Cabal: eso mismo pienso.

RAMON. Conque Teresa... y Elena...

CARLOS. No, Ramon; no quiero verlos.
Todos... todos... son felices:

¿no es verdad? pues bien, dejémoslos.
(Pausa.)
Mi hijo y Elena... por fin
se casaron... buen provecho.
(Riendo con risa forzada.)
¡Teresa vive en la gloria!
Juan tiene un pequeño Ernesto:
¿qué más quieren?

RAMON Pero tú...

CARLOS. Yo me paso bien sin ellos.
(Pausa. D. Cárlos queda pensativo.)
Y dime... ¡mas qué me importa?
(Arrepintiéndose.)

RAMON. ¿Preguntabas algo?

CARLOS. Un resto
de curiosidad.

RAMON. Pues dí.

CARLOS. ¿Para qué? (Afectando indiferencia.)
¿Y es muy travieso...
el chiquitin?...
(Separando su vista de la de Ramon.)

RAMON. Segun dicen
es lo mismo que su abuelo...

CARLOS. El de allá...

RAMON. ¡Su abuelo Cárlos!...
(Pausa. D. Cárlos queda sumido en sus pensamientos.)
Vamos... ¿no quisieras verlos?
Don Juan, Alfredo, Teresa,
Elena y el pequeñuelo.

CARLOS. Es mucha gente, Ramon:
yo necesito sosiego.
¡Una colonia de justos,
y al fin yo soy un protervo!
Yo envuelto en llamas de azufre,
y ellos entre humo de incienso.
Ahora déjame tranquilo...
más adelante... veremos.

RAMON. (Ap.) (¡Infeliz... más adelante...
y contados sus momentos
están!)

CARLOS. ¿Qué murmuras?

RAMON. Nada.
Es el caso que si Alfredo
se entera de que estás malo,
toma el tren sin más rodeos,
y una mañana á las puertas
de la quinta...

CARLOS. Pues volvemos
á Madrid. He de cumplir
hasta el fin mis juramentos.
Á Teresa... es diferente;
á los demas no he de verlos.
Mi carácter no se dobla,
mi voluntad es de hierro.

RAMON. Bueno, Cárlos, no te agites.

CARLOS. Yo necesito mí tiempo
para un trabajo importante,
no para escuchar á necios.
Mira... mira... ya está oscuro.
Es muy triste este aposento.
Las sombras de mi fatiga
doblan el horrible peso.

RAMON. (En tono de broma.)
Vaya, señor valenton,
las sombras le infunden miedo.

CARLOS. ¿Qué dices? ¡Voto á Luzbel!
¡Yo temblar! ¡Yo jamás tiemblo!
Mi corazon no vacila
y está fuerte mi cerebro.
Debilidad pasajera,
esto es no más lo que tengo.

RAMON. No te enojes... No hay motivo...
(Toca un timbre y aparece un Criado.)

ESCENA III.

D. CARLOS, D. RAMON, un CRIADO.

CRIADO. (Ap. á D. Ramon.)
Doña Teresa...

RAMON. (Ap. al Criado.) (Silencio.

CRIADO. Y el señorito, deseaban
hablar á usted.)

RAMON. (En voz alta.) Luces.
(Ap. al Criado.) (Bueno:
iré al instante.)
(El Criado sale y vnelve un momento despues con un candelabro de cuatro bujías, pero sólo con dos de ellas encendidas.)
CRIADO. Aquí están.
RAMON. Retírate.) (Sale el Criado.)

ESCENA IV.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

CARLOS. Te prevengo
que harto estoy de que me traten
como á niño ó como á viejo.
RAMON. Pues mira, en lo caprichoso
y en lo de gastar mal genio,
no hay nadie que te supere,
y tienes muy pocos émulos
en las huestes infantiles
ó en las de blanco cabello.
CARLOS. ¿Y cuáles son mis caprichos?
RAMON. Cuáles no son saber quiero.
CARLOS. Eso es hablar por hablar.
RAMON. Dime, Cárlos, por ejemplo:
¿por qué cuando te retiras
cierras tu cuarto por dentro,
sin consentir que ninguno
vele cerca de tu lecho?
CARLOS. (Señalando la puerta de la izquierda.)
Podeis en esa antesala
velar todos.
RAMON. Ya lo hacemos.
CARLOS. Y junto á mi puerta estar
vigilantes y oido atento,
pero en mi alcoba imposible.
RAMON. ¿Por qué?
CARLOS. ¿Por qué? Porque temo...
RAMON. ¿Qué temes?
CARLOS. Nada.
RAMON. Pues bien...

CARLOS. Eres torpe y eres terco.
¿No sabes que una jugada
inmensa con gran secreto
preparo? ¡Mira mis cálculos!
(Le enseña los papeles que hay sobre la mesa.)
¿No sabes que he descubierto
un desnivel sin razon,
sin motivo, sin objeto
entre la deuda?...
(Habla precipitadamente y con ansiedad y no puede proseguir.)

RAMON. Reposa,
vé despacio, toma aliento.

CARLOS. ¿Consolidada, y la deuda
diferida? ¿Y que proyecto
sobre aquesta diferencia
el más atrevido juego?...

RAMON. ¿Y que relacion existe?...

CARLOS. Eres cándido en extremo.
Hay quien lo sospecha.

RAMON. ¿Y bien?

CARLOS. Hoy mi vida los banqueros
la cotizan como el título
más seguro y de más precio.
¡Debo cuidarla! Esta quinta
es solitaria. Lo ménos
fuera mi muerte la baja
en la Bolsa de *un entero.*

RAMON. ¿Y supones?... ¡Qué delirio!
La vida de un hombre...

CARLOS. El tiempo
no es para tales escrupúlos.
No los tuve cuando á Ernesto
á sangrienta rebelion
lancé. ¡Bajó ochenta céntimos!
(Se detiene, pasa la mano por la frente y se revuelve con angustia en la butaca.)

RAMON. ¿Qué tienes?

CARLOS Nada... Pasad....
pasad, horribles recuerdos.

RAMON. Yo nada dije... tú has sido
quien citaste como ejemplo...

CARLOS. ¡Otra vez me hablas de cosas
que exaltan mis pobres nervios!
¡Calla... calla... que me abraso!
¡Agua... pronto!
(Coge la copa de oro y bebe al principio con ansia. Despues la retira con disgusto de sus labios y la deja sobre la mesa.)
Nunca bebo
á gusto en la copa de oro,
y hay en servírmela empeño.
¡Agua clara... en un cristal
blanco... trasparente... fresco,
agua que brote en la fuente!
¡Esto pido... y esto quiero:
y en contrariarme se gozan!...
¡Pues no ha de ser, vive el cielo!
(Da, en un acceso de insensato furor, un puñetazo sobre la copa de oro, y la derriba sobre la mesa.)

RAMON. ¿Qué furor es este, Cárlos? (Conteniéndole.)
¡Qué delirio!
(Le coge la mano y la mira á la luz con afan.)
¿Lo estás viendo?
tan terrible el golpe fué,
que largo surco sangriento
sobre la mano trazaste
al chocar la copa ciego,
(Recogiendo la copa de sobre la mesa.)
y cual filete rojizo
de sangre el borde está lleno.
¿Es esto propio de un hombre
de tus años y tu seso?
(D. Cárlos le mira avergonzado y con la timidez casi infantil de los ancianos.)

CARLOS. Es verdad, tienes razon.
Pero estoy febril, inquieto...
Hicimos mal en venir
á esta quinta. Nos volvemos
mañana mismo. Me cansa
y me fatiga ese inmenso
horizonte de la mar
cuyo término no veo:
¡á mí me gusta abarcarlo

todo con el pensamiento!
Es diabólica invencion
la de ese imbécil de médico:
haberme enviado á morir
frente á frente al elemento
que es imágen en la tierra
de lo infinito y lo eterno.
¡Quieren convertirme... ya... (Con ironía.)
debe andar Teresa en ello!
Ahora me voy á mi cuarto.
Ayúdame...
(Se levanta ayudándole Ramon, y da algunos pasos.)
Pues me siento
más fuerte. Tú los papeles
has de llevar.
(Le dá á D. Ramon los papeles que hay sobre la mesa.)
No los dejo,
que pueden robarlos.

ESCENA V.

D. CÁRLOS, D. RAMON, DOÑA TERESA, ALFREDO.

D. Cárlos marcha lentamente sostenido por D. Ramon. Doña Teresa y Alfredo aparecen por el fondo, y en él se detienen.

ALF. (¡Madre!
¡Él es!... ¡Dios mio!)
RAMON. (¡Son ellos!)
TER. (Despues... ¡Pobre Cárlos!)
CARLOS. Mira...
Déjame... yo sólo... creo
que estoy mejor. Ya lo dije:
eran tan sólo los nervios.
Mas vence la voluntad
y es mi voluntad de hierro.
(Sale con Ramon por la izquierda.)

ESCENA VI.

DOÑA TERESA, ALFREDO.

ALF. ¡Pobre padre!... ¡padre mio!
¡No es posible... tú morir!
TER. Silencio, nos puede oir.
ALF. Este salon es sombrío,
sombrío como el no ser:
como el fondo de una tumba:
oye, madre, cual retumba
de las olas el romper.
(Acercándose al balcon: Doña Teresa le sigue.)
Allá arriba el firmamento
sus mil luceros mostrando,
y nubes que van cruzando
arrastradas por el viento.
Al fondo la mar serena
envuelta en manto de bruma:
sobre la playa la espuma,
despues de la espuma, arena.
Y más cerca un resplandor
en una abierta ventana...
en tierra una forma humana...
blandones alrededor.
Luz que entre las sombras arde
y alumbra por vez postrera
á la infeliz pordiosera
que murió esta misma tarde.
(Viniendo al centro con Doña Teresa.)
No puede quedar aquí.
TER. No, mañana le abrazamos...
ALF. Y todos á Madrid vamos:
¿no es verdad que todos?
TER. Sí.

ESCENA VII.

DOÑA TERESA, ALFREDO, D. RAMON.

Este último por la izquierda.

ALF. Calma nuestra incertidumbre:
¿cómo está?
RAMON. Yo no lo sé.
ALF. Le dejaste...
RAMON. Le dejé
y cerró segun costumbre.
TER. Es preciso que mañana
nos vea.
ALF. Primero á mí.
TER. Alfredo...
ALF. Yo le ofendí.
Si está su muerte cercana
quiero obtener su perdon,
quiero sus manos besar,
quiero una vez estrechar
contra mí su corazon.
Despues Elena y el niño...
mi Ernesto... ¡Que el pobre muera
rodeado de esta manera
de lágrimas y cariño!...
RAMON. (Pensativo y como hablando consigo mismo.)
Tambien á Juan ha de ver.
TER. ¿No temes que la emocion?...
RAMON. Es fuerte su corazon,
y el pobre Juan viene á ser
otro niño. Denso velo
cubre á su edad lo pasado,
y hoy no tiene más cuidado
que dormir al pequeñuelo.
ALF. ¿Y cuándo?...
RAMON. Procuraré
que al fin consienta.
TER. Idos.
ALF. Madre...
hay que velar á mi padre.

TER. Pues bien yo le velaré.
ALF. Los dos...
TER. No: te aguarda Elena.
ALF. Déjame...
TER. Yo te lo ruego.
RAMON. Más tarde... (Á Alfredo.)
ALF. Pues hasta luégo.
TER. Adios...
ALF. Y calma tu pena.
(Dá la mano á su madre y sale con D. Ramon.)

ESCENA VIII.

DOÑA TERESA.

Se sienta en la butaca ó sofá de la izquierda. La luz en la mesa de la derecha.

TER. ¿Por qué, triste noche, dí,
en tus horas silenciosas,
como sombras vaporosas
van deslizando ante mí,
memorias de lo que fué,
tristezas de lo presente?
¿por qué atormentais mi mente
y mi corazon, por qué?
Fantasmas de lo que ha sido,
regaladas armonías,
infantiles alegrías,
pasad.... os llama el olvido.
Llanto que el párpado siente
y despues siente la tez,
tristezas de la vejez,
venid... os llama el presente. (Pausa.)
Á mi pesar me domina
el cansancio de este viaje...
Siempre el ruido del oleaje...
¡ay! mi cabeza se inclina! (Pausa.)
(Principia á dormirse: se oye aunque lejano el rumor del mar.)
¡Yo fuí jóven!... ¡Yo fuí bella!

¡Yo soñé con el amor!...
¡Hay algo más que el dolor!...
¡Una nube... y una estrella!...
(Señalando al balcon: despues deja caer la cabeza. Su voz se va apagando lentamente.)
Mi pobre Ernesto... ¡Qué hermoso!
Cárlos... yo te velaré...
No temas... no dormiré...
Sombras... sombras... y reposo.
(Queda durmiendo.)

ESCENA IX.

DOÑA TERESA continúa durmiendo. D. CÁRLOS sale por la izquierda ya moribundo y avanza hácia la derecha sin notar la presencia de TERESA, oculta por el respaldo del sillon.

CARLOS. ¡No puedo... no puedo más...
qué inquietud... qué desconsuelo...
qué fatiga! ¡Dios del cielo!
¿Noche, cuándo acabarás?
¡Ah, qué noches tan amargas!
¡Cuán traidoras... cuán aleves!
¡Si sois de placer que breves,
si sois de dolor que largas!
(Deteniéndose y con sobresalto.)
¿Dejé cerrada la puerta?
Sí, cerrada la dejé.
(Sacando una llave, mirándola y volviéndola á guardar. Sigue avanzando.)
Sueño... delirio... ¿qué fué?
¡Corazon, pronto, despierta!
(Llega á la butaca y se deja caer en ella.)
¡Más luz... más luz!...
(Enciende las otras dos bujías del candelabro y se abraza á él con ansia como si quisiera beber toda su luz.)
¡Miedo acaso?
¿Me espanta la oscuridad?
¡De qué sirves, voluntad,
que de vergüenza me abraso!
Yo, que con audacia rara

supe vencer á la suerte,
¿no he de mirar á la muerte
sin temblar y cara á cara?
(Con satánica energía.)
¡El que siempre he sido soy;
lo que siempre quise, quiero!
¡Venid, sombras, que os espero...
ó esperadme, que allá voy!
(Desafía con terrible acento á las sombras y apaga todas las luces. Pausa. Todo queda en profunda oscuridad.)

TER. (Con voz débil.)
¡Un grito!... ¡Cárlos tal vez!...

CARLOS. ¡Algo se agita allí enfrente!...
¡Brota el sudor de mi frente...
brota el sudor de mi tez!...
(Lleno de supersticioso terror se encoge en su butaca y fija con espanto la vista en Doña Teresa.)

TER. (Con voz triste.) ¡Ay, Cárlos, esposo mio!...

CARLOS. ¡Teresa!
(Ap. como todo lo que dice en las escenas siguientes.)

TER. ¡Vas á morir!

CARLOS. ¡Morir!... ¿pero esto es dormir
ó es verdad... ó es desvarío?
¡Yo presa de calentura...
yo fantasmas evocando...
yo como un viejo temblando
al pie de mi sepultura!

TER. Tú las ilusiones mias
sin compasion desgarraste:
tú en lágrimas anegaste
mis más puras alegrías...
pero yo no te abandono,
que nunca te abandoné...
¡Siempre, ay Dios, te perdoné!
¡y otra vez más te perdono!

CARLOS. ¡Vete, sombra... ya se mueve!...

TER. Voy á su puerta á escuchar.
¿Qué puedo por él?... ¡rezar!...
(Cruza las manos como para hacer oracion y sale por la puerta de la izquierda.)

CARLOS. Su planta desliza leve...
se aleja... se aleja... y pasa. (Pausa.)
¡Quizá despierto he soñado
con visiones que ha forjado
esta fiebre que me abrasa!

ESCENA X.

D. CÁRLOS, ALFREDO, ELENA.

Alfredo y Elena por el fondo y avanzando lentamente.

ALF. (Siempre en voz baja.)
Á su puerta velaremos
mientras descansa mi madre.
CARLOS. Nada se oye.
ELENA. ¡Pobre padre!
No temas, le salvaremos.
CARLOS. Por fin ya todo pasó; (Sin verlos todavía.)
ya no hay sombras en la sombra.
Ya mi nombre nadie nombra.
¡La fiebre!. . bien dije yo.
Pude un punto vacilar,
y en verdad que me avergüenzo;
pero al fin yo siempre venzo
cuando yo quiero luchar.
Veré mi final partida...
¡cuando llegue, que algo falta!
(Con un arranque de orgullo y de suprema confianza.)
soberbia la frente y alta,
y no dareis ¡por mi vida!
fantasmas negros ó rojos,
aunque vengais en monton,
ni un latido al corazon
ni una lágrima á las ojos.
¡Agotó la lobreguez
ya sus engendros sin duda!
(Con despreciativa ironía mirando alrededor de sí.)
ELENA. (Con voz triste y dulce.)
¡Dios mio, dadnos tu ayuda!
CARLOS. ¡Una voz!

ALF. ¡Padre! (Con acento lloroso.)

CARLOS. (Se levanta como impulsado por un resorte: se vuelve, ve Alfredo y á Elena y cae de nuevo desplomado en la butaca.)

¡Otra vez!
¡Dos sombras! yo estoy demente
y de poblar no me sacio
esas sombras del espacio
con las sombras de mi mente!

ALF. Vuelve con Ernesto... (Á Elena!)

ELENA. No:
de Ernesto cuida el abuelo,
tú has menester mi consuelo.

CARLOS. ¡Yo les estoy viendo .. yo!...
¡Tiemblo como rota arista
que arrebata el vendaval!...
¡Qué procesion infernal
va pasando ante mi vista!
¡Sombras que menguan y crecen;
que vienen siempre llorando,
y que se van alejando...
y que al fin desaparecen!
¡Mi vida es que se derrumba
en el fondo del no ser,
y cual fantasma mi ayer
se alza al borde de mi tumba!
(Cae sollozando sobre la mesa y oculta el rostro en las manos.)

ESCENA XI.

D. CÁRLOS, ALFREDO, ELENA, DOÑA TERESA.

D. Cárlos sentado en la butaca y con la cabeza apoyada sobre la mesa y oculta entre las manos. Alfredo y Elena llegan lentamente á la puerta de la izquierda. Doña Teresa sale un momento á dicha puerta y en ella se detienen los tres.

TER. Silencio.

ALF. Noche afanosa.

TER. Tiene la puerta cerrada.

ALF. ¿No se oye?...

TER. No se oye nada.
ELENA. Tal vez don Cárlos reposa.
(Desaparecen todos por la puerta.)

ESCENA XII.

D. CÁRLOS, levanta lentamente la cabeza y mira con temor á todas partes.

CARLOS. Ya se fueron... ¡Qué agonía!...
¡necesito respirar!...
Cuanta brisa hay en el mar
pienso que no bastaria
para calmar este anhelo!
(Apoyándose primero en la butaca y despues en la mesa se acerca vacilante al balcon.)
¡Mirar no quiero hácia allí!
(Señalando con el brazo, pero sin volverse, al interior del salon.)
¡Todo está negro, ay de mí!
¡Y todo azul en el cielo!
(Levantando la cabeza y figurando que mira el horizonte y el firmamento. Pausa. Respira con más facilidad y parece gozar algunos momentos de calma.)
¡Todo no!... (Retrocediendo con espanto.)
¡Sombras tambien!
¡Negros paños... y blandones!....
¡Golpeando está á borbotones
mi sangre hirviente en la sien!
¡En esa estancia sombría
están mirando mis ojos
los miserables despojos
de aquella hermosa María!
Yo quise hacerte sentir
la dicha inmensa de amar,
yo quise hacerte gozar
placeres que hacen morir.
Y morir al fin te hicieron
tras infamante calvario,
y á ese lecho funerario
deshonrada te trajeron.

¡Fantasmas de mil placeres,
ensueños de mil amores,
marchitas y tristes flores,
mujeres... pobres mujeres!
¡Si cuanto os hice llorar
hoy pudiera recoger,
otro mar lográra hacer
más amargo que ese mar!
Dejadme... dejadme... paso...
(Como luchando para separar fantasmas.)
¡María!... ¡Elena!... ¡Teresa!...
¡La losa cuánto me pesa!
¡Aire... luz... agua... me abraso!
¡Perdonadme... veis que lloro!...
¡Dadme de beber!...
(Se precipita sobre la mesa, toma la copa y bebe con ansia; despues la rechaza con horror y la arroja al suelo.)
¡Qué horror!...
¡¡Á sangre tiene sabor
la maldita copa de oro!!

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, D. JUAN, un NIÑO (Ernesto.)

D. Cárlos, en pie, apoyándose sobre la mesa, delirante, moribundo, limpiándose con horror los labios: D. Juan, trayendo de la mano al Niño, por la puerta del fondo.

JUAN. Ven, mi Ernesto, ven.
NIÑO. ¡Mamá!
CARLOS. (Se vuelve al oir la voz del Niño; vacila, da algunos pasos y se agarra al sillon para no caer.)
¡Allí... sombras... más!... ¿qué es esto?
JUAN. Silencio. (Al Niño.)
CARLOS. ¡Y han dicho Ernesto!
JUAN. ¡Mi tesoro!
NIÑO. ¡Dónde está?
CARLOS. Corazon, ¿por qué te asombras?
¡Por qué tiemblas... si es en vano!
¡Voy á tocar con mi mano

(Con desesperacion.)
esos cuerpos ó esas sombras!
(D. Cárlos avanza con gran dificultad hácia Don Juan: éste y el Niño con lentítud hácia la puerta de la izquierda.)

JUAN. ¿Preguntas dónde está Elena?
yo te lo voy á decir:
ayudando á bien morir
á un hombre que es una hiena.
(El Niño se separa algunos pasos de D. Juan y se dirige hácia la izquierda. D. Juan le llama, le alcanza y le vuelve á coger de la mano.)
¡No entres sólo... no, por Dios!
Oye, Ernesto, vida mia,
ese hombre te mataría
porque nos odia á los dos.
No te separes de mí.

NIÑO. Tengo miedo.

CARLOS. Es un anciano;
lleva un niño de la mano.

JUAN. (Viendo á D. Cárlos.)
¡Quién es el que viene allí?

CARLOS. ¡Hombres, niños y mujeres
surgen, llegan y se van!...
¿Cómo te llamas?

JUAN. ¡Yo!... ¡Juan!

CARLOS. ¡Cielo santo! (Retrocediendo.)

JUAN. (Avanzando.) Y tú, ¿quién eres?

CARLOS. ¡Es delirio... es ilusion!

JUAN. Yo te conozco... detente...

CARLOS. (Intenta huir, pero D. Juan, siempre con el Niño de la mano, le alcanza y le coge por un brazo.)
¡Ay, se me abrasa la frente
y me salta el corazon!

JUAN. ¡Que yo te conozco digo!
¡Lo ves, hay sangre en tu mano!
(Cogiéndole la mano que D. Cárlos se hirió al empezar el epílogo, y mirándola atentamente.)

CARLOS. (Con voz agonizante.)
¡Déjame... por Dios... anciano!

JUAN. ¡Eres Cárlos, mi enemigo!
há tiempo que te buscaba,

¿qué has hecho, dí, de mi Ernesto!

CARLOS. ¡Perdon!

JUAN. Respóndeme presto:
¡no sabes cuánto le amaba!

CARLOS. ¡Suelta!... ¡suelta!...

JUAN. ¡No te irás!

CARLOS. ¡Compasion!

JUAN. No.

CARLOS. ¡Déjame!

JUAN. ¿Dónde está mi hijo?

CARLOS. No sé.
¡Por el cielo!

JUAN. (Aferrándose á D. Cárlos.) ¡No te vas!
Me quitaste el hijo mio;
pero tuvo compasion
el cielo.

CARLOS. ¡Basta! ¡perdon!

JUAN. Y hoy tu furia desafio.
¡Sufre, sufre, en este potro!
Perdí á mi Ernesto... es igual.
(Enseñándole el Niño.)
Rubio... hermoso... angelical;
mira, infame, tengo otro.

CARLOS. ¿Qué dices? (Acercándose á él.)

JUAN. ¡Lo tengo yo!

CARLOS. (Queriendo abrazar al Niño.)
¡Es el hijo de mi Alfredo!

NIÑO. (Abrazándose á D. Juan.)
Abuelito, tengo miedo.

CARLOS. ¡Ese niño!...

JUAN. (Defendiendo al Niño.) ¡Aparta!

CARLOS. No:
dame ese niño...

JUAN. No quiero.

CARLOS. Dámelo para besarle.

JUAN. ¡Lo que quieres es matarle
como mataste al primero!
(Luchan los dos ancianos por apoderarse del Niño.)

CARLOS. Ese niño...

JUAN. (Coge al Niño y trata de huir con él.)
¡Nunca!

CARLOS. (Deteniéndole.) ¡Espera!
Lo ves... moribundo corro
y te alcanzo...
JUAN. No...
CARLOS. ¡Socorro!
¡Suelta, anciano!
JUAN. ¡Suelta, fiera!
CARLOS. ¡Á mí... pronto... por piedad!
(D. Juan se desprende y huye hácia la izquierda llevándose al Niño y cogiéndole en brazos: D. Cárlos cae moribundo en tierra.)
¡Al fin una luz que brilla!...
¡vete si eres pesadilla!...
¡Perdon si eres realidad!

ESCENA XIV.

D. CÁRLOS, DOÑA TERESA, ALFREDO, ELENA, D. RAMON, D. JUAN, el NIÑO.

D. Cárlos en tierra espirante: á la izquierda del público, Don Juan en pie y con el Niño en brazos: Doña Teresa, Elena y Alfredo, por la izquierda: D. Ramon por el fondo y un criado con una luz. Todos ménos D. Juan, acuden á D. Cárlos, le rodean, le levantan y le llevan á la butaca. El criado sale.

TER. ¡Cárlos!
ALF. ¡Padre!
ELENA. ¡Padre mio!
CARLOS. ¡Todos... todos!
JUAN. (Estrechando al Niño contra su pecho.) ¡Me quería arrancar la prenda mia!
CARLOS. ¡Luego no fué desvarío?...
Os tengo cerca de mí...
aquel ensueño pasó,
aquellas sombras... ¡ay, no,
las siento agitarse aquí!
(Oprimiéndose el pecho con ambas manos.)
¡Yo voy á morir... Teresa!
RAMON. Olvida vanos temores...
TER. ¡Cárlos!
CARLOS. (Á Teresa.) Ven, pero no llores...
ELENA. ¡Padre!...

ALF. ¡Perdon, padre!
CARLOS. ¡Cesa!...
Yo soy quien debe perdon
implorar... por mi egoismo.
¡Si vieras qué horrible abismo
llevo... aquí... en el corazon!
TER. ¡Cárlos!
CARLOS. La muerte deseo...
¡Este abismo! (Oprimiéndose el pecho.)
ALF. ¡Por piedad!
CARLOS. Cuanta más oscuridad
más claramente lo veo.
Ya la vista se me apaga...
¡Luz... calor... qué horrible frío!
TER. ¡Cárlos!
ELENA. ¡Padre!
ALF. ¡Padre mio!
JUAN. (¡El que tal hizo tal paga!)
CARLOS. Más y más aumenta el peso
que me oprime... estoy inerte...
Mira... despues de mi muerte...
(Atrayéndo á sí á Doña Teresa.)
¿Te acuerdas?... dame... aquel beso.
¡Pero ay! ántes de morir!
(Agitándose convulsivamente)
¡en perdon de tanto agravio...
de aquel Niño el puro labio,
(Extendiendo el brazo hácia el Niño y separando á los que le impiden verle.)
quiero en mi frente sentir!
Teresa... Alfredo... los dos...
(Elena corre hácia D. Juan, le quita el Niño de los brazos, lo trae y lo acerca á D. Cárlos: D. Juan la sigue y observa con la curiosidad casi infantil de los ancianos.)
¡Ya no diviso su faz!
¡Pronto ese beso de paz
para presentarme...
(El Niño le besa en la frente.) á Dios.
(Cae muerto; todos le rodean.)

FIN DEL EPÍLOGO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.